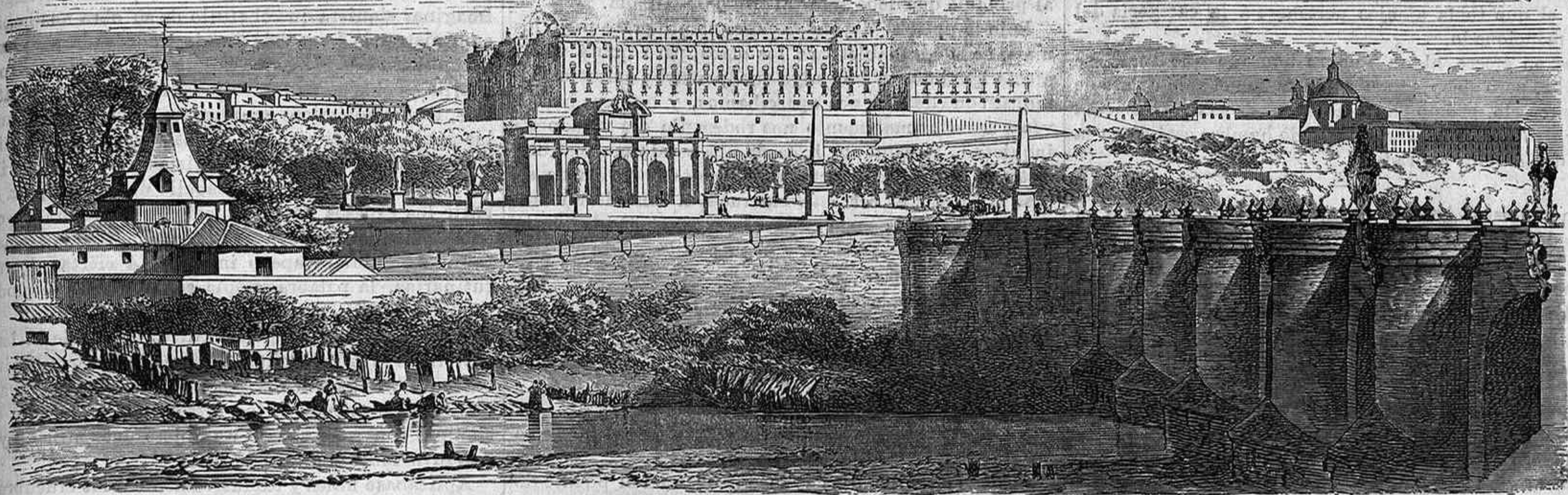


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO I.

MADRID 27 DE NOVIEMBRE DE 1870.

NÚM. 22.

SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por D. Isidoro Fernandez Flores.—Utopias, por D. M. Carrillo de Albornoz.—Lisboa en 1870, por Rost.—Cosmorama del siglo XVII, por D. Julio Monreal.—De un álbum (poesia), por D. José Picon.—Poesías portuguesas, por D. Luis Vidart.—El rey Candaule, cuento greco-latino (continuacion), por D. Santiago de Liniers.—Marruecos. Artículo VII (conclusion), por D. Antonio de San Martin.—Teatros, por D. A. Sanchez Perez.—Campana franco-prusiana, por D. Eduardo de Maritégui.—Don Manuel Ruiz Zorrilla, Presidente de las Cortes Constituyentes españolas.—La calle de la Montera, por ***.—Don Francisco de Paula Montemar, ministro de España en Florencia.

GRABADOS.—Don Francisco de Paula Montemar, ministro de España en Florencia, de una fotografía del Sr. Laurent.—Don Manuel Ruiz Zorrilla, Presidente de las Cortes Constituyentes españolas, dibujo de D. A. Perea.—Aspecto de los alrededores del palacio de las Cortes el dia de la votacion de rey, dibujo de D. F. Pradilla.—Trabajos de defensa hechos por los prusianos en el sitio de Paris, dibujo del mismo.—Exacciones de los hulanos en los pueblos ocupados por fuerzas alemanas, dibujo del mismo.—Entrada de los prusianos en Metz por la puerta llamada de los Alemanes, dibujo del mismo.—Lisboa en 1870. Palacio donde reside D. Fernando de Portugal, de una fotografía del Sr. Laurent.—Patio del palacio de Belem, de una fotografía del mismo.—Jeroglífico.

ECOS.

Los periódicos alemanes nos hablan del raro caso de un miembro de la aristocracia húngara que ha puesto fin á sus dias porque su noble madre no le ha concedido permiso para unir su mano con una linda jóven, bella, rica y virtuosa, pero descendiente de humilde familia.

El amante, contrariado en sus deseos, sin fuerzas para vencer las preocupaciones maternas ni los afectos de su corazón, hizo dos dias ántes del en que debia verificarse su boda lo que más generalmente suelen hacer otros dos dias después: se pegó un tiro.

En el gran concierto de la civilizacion moderna, que con tan magníficos acentos halaga los oidos del hombre del siglo XIX, sucede, pues, como se infiere de este caso, que á veces viene á herir nuestro tímpano

no desagradablemente alguna nota ya grave, ya aguda, escapada de una garganta incorrecta. La teoria que anatematiza los matrimonios desiguales es absurda; todo el mundo lo concederá desde luégo; pero, á pesar de hacer á Vd. de buen grado esa concesion, todo el mundo, igualmente, protestará cuando llegue el momento de

aplicarla, si le ofrece Vd. el embudo de la desigualdad por lo más estrecho.

La preocupacion contra los matrimonios desiguales es más general aún de lo que se cree.

Sin embargo, esa preocupacion apenas existe ya en los palacios de los nobles. Habita más bien en los es-

critorios de los banqueros. Estos han heredado las rancias ideas de aquellos, con las modificaciones oportunas, y han establecido una inmensa desigualdad entre las onzas y los pergaminos. Por vergonzoso que el hecho sea para la ciencia heráldica, los banqueros son los que hoy se niegan á cambiar escudos de plata por escudos de nobleza.

Pregunten Vds. á cualquier jardinero y les dirá que los árboles genealógicos hacen mucho tiempo que no dan fruto.

Pero, si hay un puente que pueda unir y salvar ese abismo de orgullo que separa á los nombres históricos de los nombres sin historia, es el puente del amor.

Gracias al niño ciego y á su próspero padre, la sangre azul del noble se ha mezclado de tal modo con la roja sangre del plebeyo, que en la humanidad no hay más que generaciones mixtas, de sangre de color de violeta.

Yo no sé á que atribuirlo; pero, es el hecho que en Madrid aumenta cada dia más el número de esos ejemplares del tipo que yo me permito llamar *bebedor de ajenjos*.

Hacíame ayer esta reflexion en el momento en que salia de uno de los principales cafés de la corte.

¿No conocéis ese tipo? Pues entrad á las cinco de la tarde en algun café y examinad bien á esos individuos que allí veis en contemplacion ante sendas copas de color de ópalo.

Su aspecto generalmente les denuncia como seres cuya existencia es un problema no resuelto aún por la estadística: especie de camaleones que se mantienen del aire, al parecer, pues nadie los conoce finca que les dé renta, papel del Estado sino es la lista de la lotería, obra que diga algo en su favor, ni crédito que no hablen y aún grite en contra suya.



DON FRANCISCO DE PAULA MONTEMAR, MINISTRO DE ESPAÑA EN FLORENCIA.

re todo
ó cual-

ERIOR:
mo.

ria de las
urán, San
Corredera

ARCIAL, se
siguiente:

8 reales.

2 »

0 »

50 »

00 »

70 »

00 »

80 »

se haya an-

o, la empre-

5.

Y sin embargo, esta gente se permite vivir, y aún en guardar: y todos los días toma su copa de ajénjos para *hacer hambre*, como si no debiera tenerla sobradamente hecha, entregándose sibaríticamente á ocupacion tan perniciosa, mientras que vosotros, hombres de historia más limpia que el sol, no hallais con que deshacer el vuestro, y teneis el estómago mucho más limpio aún que vuestra historia.

Me direis acaso que es gran injusticia suponer que todo el que toma ajénjos pertenece á la categoría del tipo mencionado.

Hay en efecto, algun hombre honrado que toma ese brebaje, pero debo suponer que es con el solo objeto de no parecerlo. ¿Cómo ha de necesitar de esa *falsificación del apetito*, si es proverbial que de hambre está llena la casa del hombre honrado?

Uno de estos hombres honrados, que á pesar de su honradez toma ajénjos, me encontré no hace muchos días. ¿Qué es eso? le pregunté señalándole un pequeño bulto que se adivinaba debajo de su capa.

—Es una botella de ajénjos, me contestó tristemente; aquí llevo apetito para una semana.

A pesar del gran tiempo que llevan los prusianos ante París, esta capital tiene víveres en gran abundancia.

La vaca y el carnero escasean algun tanto; pero hay muchos caballos, y la mal apreciada carne de este noble y excelente paquidermo, mantiene á todos.

No me extraña, pues, que el general Trochu hable con encomio de la actividad de las tropas francesas y de la rapidez con que estas acuden allí donde las reclama la defensa de la plaza. Por fuerza la carne de corcel ha de dar cierta ligereza y flexibilidad á quien la come. De esta opinion, al ménos, debia ser aquel gastrónomo que á un chico sin orejas le recomendaba que comiese liebre.

En verdad que la justa reputacion de cobardía de que gozan las gallinas no puede aplicarse á las que se venden en los mercados de París.

Una gallina parisiense tiene más *valor* que un humano.

¡Cómo que cuesta 120 reales!

Mientras que los franceses hacen el ejercicio en las calles y plazas, y los prusianos se establecen alrededor de París, con la tranquilidad de un círculo de alpargateros que van á comer un arroz en cazuela, los rusos hacen acopio de armas y de dinero, con gran sobresalto de Europa en general y de la Turquía en particular.

Un diplomático inglés se quejaba seriamente á otro individuo de la diplomacia rusa, con motivo del decreto en que el czar llama á las armas un contingente respetable.

—¡Eso es ponerse ya en *pié de guerra*! decia el inglés algo amostazado.

—No tal, contestó el moscovita, esto es lo que nosotros decimos *un pié de paz aumentado*.

—¡Por Mahoma! exclamó un agregado de la embajada española, dirigiéndose á un colega turco, ¡milagro será que todo ello no se convierta para Vds. en un *pié de paz*!

Una señora de las Landas ha dirigido á un periódico de Dax una excitacion rogándole que haga lo posible porque el gobierno incorpore al ejército á todos los hombres casados que están separados de sus mujeres.

Esta respetable matrona dice que semejante medida seria muy conveniente para la salud de la patria y de las bellas desdeñadas.

No bien se ha publicado la exposicion, mejor dicho, el memorial en que esa señora solicita tiernamente su titulo de viuda, han llovido adhesiones de otras señoras indicando cuán útiles servicios podrian prestar á la Francia sus respectivos cónyuges en medio del fragor de los combates.

¡Ah! se habrán dicho, sin duda, algunos de los maridos á quienes se alude y que no han querido afrontar los peligros de la guerra: nuestras mujeres tienen *mucho más patriotismo que nosotros*.

¡Conmueva, en efecto, tan grande abnegacion y tanta ternura!

En los graves y solemnes momentos en que actualmente se encuentra nuestra patria, nada palpita, nada ofrece importancia é interés, fuera de las cuestiones políticas y diplomáticas.

En vano se vuelve la vista á registrar los salones, los teatros, el curioso espectáculo que ofrece siempre la multitud diseminada por calles y plazas: todo está dormido. Lo mismo que en otro tiempo parecia lleno de vida y de color, aparece hoy mudo y sombrío. Y, sin embargo, la cuestion monárquica todo lo llena, y se la ve aparecer bajo múltiples formas en cuantos actos, sitios y acontecimientos son del dominio público y se vienen sucediendo desde el día en que las Cortes Constituyentes eligieron en el seno de la Representacion Nacional al príncipe que debe subir al trono de España.

Bajo la presion de un acontecimiento grato para los unos, nada agradable para los otros, pero que á todos afecta igualmente, hay algo que perturba nuestro ánimo, sin que de ello nos apercebamos, y que nos hace á veces apreciar mal cuanto nos rodea. En ese estado de inquietud, el cantante hace de una escala musical una ristra de gallos; el director de orquesta se olvida en su casa la batuta, el *racionista* anuncia al final de un acto cualquiera que *la mesa está en la sopa*; el fiscal pide la absolucion de los asesinos y el juez falla que se dé garrote á las víctimas.

En tan anormales circunstancias, pues, la pluma de un crítico imparcial y honrado debe abstenerse de juzgar los dichos y los hechos de sus compatriotas.

Nada hay más temible que la cólera de los hombres generalmente apacibles y sensatos.

Los que hace dos días se encontraban en el puente de Toledo mirando las turbias ondas del ultrajado Manzanares, hacian por analogía aquella reflexion. Una corriente impetuosa llenaba aquel ancho cauce, llevando en sus cristales encrespados como despojos de su furia alguna banca de lavandera ó algun par de calzoncillos.

Este espectáculo constituye en Madrid un acontecimiento, y se va como en romería desde los barrios más lejanos y aún se viene de los pueblos vecinos á ver el río cortesano en toda su terrible magnificencia.

¡Ah! Nosotros por desgracia no podemos decir mirando al Manzanares lo que aquel sabio misionero que exclamaba á las orillas del Támesis: "¡Bendigamos á la Providencia que ha colocado los grandes rios al lado de las grandes ciudades!"

—Sepa Vd., decia ayer un abonado al teatro de la Opera, que el gobierno ha concedido un crédito para que se hagan algunas restauraciones en este coliseo. ¿Qué dice Vd. de eso?

—Digo, contestó el otro, que me parece muy bien si la empresa dedica esos fondos á restaurar los cantantes.

El Museo de historia natural de Berlin se ha enriquecido con un cuerpo de hombre completamente *petrificado*.

El caso no me parece tan extraordinario, toda vez que ese *hombre* se ha petrificado despues de muerto.

Yo conozco uno que está vivo y más *petrificado* que aquel. ¡Como que se ha casado hace veinte años en terceras nunceias con su tercera Petra!

Digo, ¿está *petrificado*?

Uno de los hechos más notables á que ha dado lugar la guerra franco-prusiana, ha sido el de que el clero francés haya puesto á disposicion del gobierno las campanas de las iglesias para que se fundan cañones y metralla.

Ciertamente que cuando en días más tranquilos los campesinos se agrupaban en la Plaza de su pueblo para ver colgar del alto campanario el bronce sonoro en que un artista cristiano habia esculpido el sagrado y dulce nombre de María; cuando el sacerdote le bendecia conmovido para que su lengua de metal no diese al viento más que ecos de paz y de concordia, aquellas pobres gentes no esperaban que llegaria un tiempo en que lanzado el último toque de rebato rodaria desde la torre al suelo, y de sus pedazos se forjaria el cañon que sembrase desolacion y muerte en la comarca!

Suponemos que como consecuencia natural de la transformacion de las campanas en cañones, los sacristanes y monaguillos franceses habran sido incorporados... á la artillería.

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

UTÓPIAS.

Hay palabras que tarde ó temprano logran hacer fortuna, y una de ellas es la que en plural sirve de epigrafe al presente artículo.

Cuando Tomás Moro, gran canciller de Inglaterra, escritor profundo, notable político y jurisconsulto afamado, describió hace tres siglos y medio la imaginaria república de la isla de Utópia, es probable no llegara á imaginar siquiera que el título de su obra no habia de suministrar la frase más propia y adecuada para expresar multitud de ideas que hoy nacen, se agitan y toman cuerpo en el seno de las sociedades científicas y literarias, en las polémicas sociales y políticas; lo mismo en las páginas del libro, que en las columnas del periódico, que en la tribuna del legislador, que en el rincón del hogar doméstico. Gran caballo de batalla para combatir los excesos de imaginaciones consideradas como calenturientas, ó nuevo escudo impenetrable para amparar á su sombra el apego insensato á ciertas doctrinas rutinarias, la palabra utópia se ha puesto de moda en nuestros días.

Si abrimos los penúltimos diccionarios de la lengua castellana ó si repasamos los escritos de hace treinta ó cuarenta años, apenas la encontraremos en parte alguna. Posteriormente la fué introduciendo el uso; pero siempre con referencia á un objeto determinado y con una invariable significacion.

Aplicábase única y exclusivamente á las elucubraciones sociales y políticas que tendiesen al planteamiento de un *gobierno bajo el cual todo respirase justicia, fraternidad y virtud*.

Y como por desgracia los hombres tenemos muy poco de ángeles y somos muy difíciles de gobernar; como para mayor desventura los gobernantes de todos los tiempos y de todos los países han hecho cuanto han podido por resumir en sí las faltas y debilidades de sus gobernados, hé aquí que el nombre dado á la república de Tomás Moro sólo se usó en un sentido irónico y casi, ó sin casi, despreciativo, para rechazar una idea ó hacer frente á un nuevo sistema político. Adquirido por muchos sábios el convencimiento de que en este pícaro mundo son siempre una quimera esas repúblicas-modelos, la palabra utópia se convirtió en sinónimo de *sueño, delirio, extravagancia*, puesto que no puede dejar de ser todo eso cualquier teoría ilusoria que jamás ha de llegar á verse realizada.

Hay que convencerse que la negra confesion de que es imposible en la tierra el absoluto reinado de la virtud, la fraternidad y la justicia, constituye una desconcertadora palinodia que hace poquísimo honor á la humanidad.

Dicho lo anterior por vía de paréntesis, volvamos á nuestro asunto.

Las ciencias morales y políticas se hallan ligadas por vínculos estrechos á todas las demás ciencias más ó ménos exactas. Por otra parte debemos convenir igualmente en que la palabra *utópia* se debia y podia aplicar por extension á los demas ramos de los conocimientos humanos. Faltaba en nuestra lengua una frase que explicase claramente lo que no explicaban esas partes de la oracion que se llaman *problemas, paradojas, absurdo*, etc. y de aquí sobrevino forzosamente la adopcion de la palabra *utópia*, que abarcaba todas esas definiciones y otras muchas más.

Esto es lógico y natural. Un descubrimiento apoyado en las ciencias físicas, un impulso gigantesco dado á la mecánica, por ejemplo, pueden cambiar completamente todos los sistemas sociales y políticos.

Descubrid el movimiento continuo y habreis variado de pronto la organizacion de la industria y del trabajo; dad direccion á los globos aereostáticos y apresuraos á dictar nuevas leyes que garanticen la paz de las naciones y la seguridad del individuo seriamente comprometidas por el que haya hecho el descubrimiento.

Tengamos presente que ámbas soluciones están anunciadas. ¿Las creéis posibles y realizables? En tal caso serán problemas que el tiempo no ha resuelto todavía. ¿Os parecen absurdas y quiméricas? Entonces serán una *utópia* segun el valor dado á esa palabra, que una vez adoptada era preciso amplificar.

Y ahora, si gustais, abrid conmigo el *Diccionario* de la última edicion de la Academia. Segun esta ilustre Corporacion la palabra *utópia* significa: *plan, proyecto, sistema ó doctrina que halaga en teoria, pero cuya práctica es imposible*.

La A
racter g
precisa
ticos si
gitimad
se veni
Los c
que qu
nuevo
dese de
sa de la
Most
de, atre
humani
un proy
os repet
que la c
la palab
¡Utó
Y, sin
No ex
te, pod
de lo p
cional c
piracion
Porqu
ido pres
casual
Abra
algunas
que ella
Seis s
roso rey
existen
de los
pensam
Aquel
chao, p
toriado
su inver
de hom
apertura
cursos
panto á
gun He
obrer
le impu
tiferas
tenido
denarle
Y sin
paso á
diatos
se á to
perador
estaban
imperfe
nes que
el Egipt
sumerg
por el
Diodor
otros,
tres co
No se
nal de
diserta
longitu
tiempo
pues un
parecer
meo, q
sólo ter
lo á cie
manera
buyen
arenas
mente
Todo
días qu
lla exp
de los
confun
tanto s
á los ti
do al t
mil leg
Este

La Academia Española, interpretando fielmente el carácter general que dió el uso á esa frase aplicada, no ya precisamente á la teoría de los sistemas sociales y políticos sino á todas las demas teorías, ha sancionado y legitimado con su autoridad el uso que de dicha palabra se venia haciendo.

Los que todo lo niegan, los que dudan de todo, los que quisieran vivir siempre estacionados, tienen un nuevo motivo para apoyar sus negaciones, encogiéndose de hombros y dejando asomar á los labios la sonrisa de la incredulidad.

Mostradles una teoría noble, fecunda, generosa, grande, atrevida; indicadles un plan magnífico, salvador, humanitario; dadles á entender que habeis concebido un proyecto ventajoso, á la vez que profundo, y ellos os repetirán con mayor orgullo, con más grande alegría que la que inundaba el corazón del sábio al pronunciar la palabra *wreka*, esta otra palabra:

¡Utópia, utópia, utópia!

Y, sin embargo, en rigor esta palabra no existe.

No existe, porque nadie todavía, ninguno en adelante, podría fijar con exactitud dónde están los límites de lo posible y de lo imposible, dentro de la esfera racional de los pensamientos humanos y de las nobles aspiraciones de los pueblos.

Porque nadie ha sondado los arcanos de Dios, que ha ido prestando á los hombres inspiracion sublime y á la casualidad admirables enseñanzas.

Abramos si no el gran libro de la historia, recorramos algunas de sus páginas, y veamos los notables ejemplos que ellas nos ofrecen.

Seis siglos ántes de la venida de Jesucristo un poderoso rey de Egipto, uno de aquellos Faraones de cuya existencia nos habla la Sagrada Escritura en los libros de los Reyes y de los Paralipómenos, concibe el gran pensamiento de unir el Mediterráneo con el Mar-Rojo. Aquel rey, que se llamada Neco, Necos, Neco ó Necho, pues de todas estas maneras le nombran los historiadores, puso en juego los más poderosos recursos de su inventiva y de su poder, é hizo formidables aprestos de hombres y de dinero para llevar á cabo la colosal apertura del canal; pero ésta fué tan superior á los recursos de aquel monarca, que le hizo retroceder con espanto á la vista de los resultados que proporcionaba. Segun Herodoto, habian perecido ya ciento veinte mil obreros cuando el oráculo, consultado por aquel Faraon, le impuso el deber de desistir de tan temerarias y mortíferas escavaciones. El proyecto de Necos era sin duda tenido por una verdadera *utópia* y como tal debió condenarle el oráculo.

Y sin embargo de eso, la bella teoría de poder abrir paso á la navegacion de aquellos dos mares, tan inmediatos y tan distantes á la vez, pugnaba por sobreponerse á todos los obstáculos. Darío, hijo de Histaspes y emperador de los persas, hizo continuar los trabajos que estaban muy adelantados; pero la obra quedó tambien imperfecta, porque seguian los capítulos de las objeciones que suscitaba tan irrealizable *utópia*. Se temió que el Egipto y tal vez muchos pueblos de Europa quedasen sumergidos en las aguas del Golfo Arábigo reforzadas por el del mar de las Indias; puesto que, segun afirman Diodoro Siculo, Plinio, Pomponio Mela, Strabon y otros, el nivel de las aguas de dicho Golfo se hallaba tres codos más alto que las tierras de Egipto.

No seguiremos paso á paso la historia del antiguo canal de Suez, sobre el cual se acaban de hacer tantas disertaciones. Hay quien cree que se terminó en toda su longitud por Tolomeo Filadelfio, que se restauró en tiempo de Trajano y que lo destruyó medio siglo después un califa llamado Al-Manzor. Otros opinan, á mi parecer con mayor fundamento, que este canal de Tolomeo, que media 100 piés de ancho y 30 de profundidad, sólo tenia por objeto la conduccion de las aguas del Nilo á cierta ciudad, que tambien fué destruida. De todas maneras, el colosal trabajo de Necos, que algunos atribuyen tambien á Sesostris, quedó inutilizado por las arenas del desierto, que vinieron á tragarse despiadadamente aquella inmensa y descabellada *utópia*.

Todo el mundo ha visto, sin embargo, en nuestros días que el oráculo se habia equivocado. El canal se halla expedito y corriente; las aguas del mar *Internum* de los antiguos y del mar Rojo de los modernos han confundido sus ondas sin producir el cataclismo que tanto se temía; y los buques que hoy las surcan, merced á los titánicos esfuerzos del sábio Lesseps, han obtenido al trasladarse á las Indias un ahorro positivo de tres mil leguas de penosa navegacion.

Este nuevo portento de las ciencias, la industria y las

artes, obtenido recientemente con grande economía de brazos, se ha debido en gran parte al concurso de las grandes máquinas. Si Necos hubiera contado como Lesseps con un aparato que en un sólo mes y con el auxilio de quince hombres levantase 80.000 metros cúbicos de arena, y ahorrarse el trabajo de cerca de trescientos obreros, es seguro que su proyecto no hubiera parecido una *utópia*.

Verdad es que en cambio la idea de poder construir una de esas máquinas hubiera sido combatida entónces como la más quimérica y absurda de todas las pretensiones irrealizables.

Después de hecho el milagro, se incienza y glorifica al que lo ha llevado á cabo. Después de resuelto el problema, y sólo entónces, las inteligencias vulgares y los ánimos incrédulos ó poco amigos de novedades se dan por satisfechos y hacen un forzoso y estúpido viaje alrededor del huevo de Colon.

¡Colon! hé aquí otro nombre glorioso, que nos trae á la mente el recuerdo de una bella teoría que fué tenida por imposible por los sábios de su época. Tambien aquel hombre fué calificado de visionario y tratado como un loco. Si la palabra *utópia* hubiera estado entónces en boga, todas las lenguas se la hubieran aplicado. Y sin embargo, hay que confesar que de la *utópia* que se encerrara en el cerebro de Colon, durante una gran parte de su vida de privaciones y sufrimientos, brotó al fin, como por encanto, el nuevo y magnífico mundo que el grande hombre logró entrever previamente entre sueños y que las gentes juzgaron parto monstruoso de una imaginacion enfermiza.

Dentro de los hechos consumados hay algo, hay mucho que nos obliga á ser muy cautos en nuestras apreciaciones y en nuestros juicios respecto de otros hechos que pueden consumarse. Ni en el terreno físico, ni en la esfera de las especulaciones morales, hay el más pequeño germen que pueda dar vida á la incredulidad absoluta. Negarlo todo, es concederlo todo. La ironía y la burla son siempre hijas de inteligencias muy limitadas. Para probarlo seguiremos poniendo algunos otros ejemplos.

Cierto hombre observador é inteligente ha fijado su atencion un instante en una cosa vulgarísima que nunca excitó la curiosidad de nadie. Ese hombre ha visto en el fogon de la cocina de su casa, que la tapadera de una olla en que hay agua puesta en estado de ebullicion se estremece y salta con cierta especie de movimiento convulsivo. Semejante hecho, cuya repeticion constante le ha dado á conocer la elasticidad prodigiosa que adquiere el agua reducida á vapor por medio del fuego, le ha inducido asimismo á entrever toda una gran serie de halagadoras teorías sobre una nueva fuerza impulsiva que puede producir inmensas revoluciones en los dominios de los conocimientos dinámicos. ¿Cuáles serán las consecuencias de esa idea más ó menos súbita y hasta dónde podrá llevar, si se realiza, sus prodigiosos resultados? ¡Oh! seguramente que aunque ese hombre se llamé Heron, Caus, Papin, Belidor, Worcester ó Savery *, tendrá desde luégo que abstenerse de dar á conocer sus aspiraciones, ante el temor de ver condenada su brillante y halagadora teoría como quimera insensata; como una mera *utópia* de imposible realizacion. Será preciso que un Newcomen * pruebe con la irresistible lógica de los hechos consumados, con la prueba irrefutable del éxito, que aquella teoría no era un absurdo; será preciso que nuevas generaciones oigan desde lejos el casi pavoroso y á la vez alegre silbido de la locomotora, de ese monstruo soberbio que avanza majestuosamente devorando el espacio y arrastrando en pos de sí poblaciones flotantes que pasan y se alejan al través de otras poblaciones, para dar testimonio de que el movimiento de la tapadera de una olla pudo ser la pequeña

* Heson de Alejandria compuso máquinas que son bastante conocidas y que obtenian ciertos movimientos por medio de una columna de vapor que daba impulsos á una rueda dentada. Salomon de Caus en 1612 perfeccionó algo el aparato de Heron. Mr. Papin, profesor de matemáticas en la universidad de Marbourg, publicó en 1695 un libro en que hacia mencion de varias máquinas nuevas que habia inventado. El inglés Belidor dió á luz otra obra titulada *Arquitectura hidráulica*, en que dió á conocer otros aparatos que se movian á impulsos del vapor. Worcester y Savery hicieron otros ensayos sobre el mismo objeto; mas no lograron llegar ni con mucho al término de la perfeccion que deseaban, y que, como hemos dicho, tal vez habian vislumbrado.

* Newcomen logró realizar con un objeto más útil la construccion de la primera máquina en que se obtenia la impulsión y destruccion momentánea de las fuerzas desarrolladas en ella, que era el punto principal que habia que resolver.

semilla que hizo germinar, crecer y desarrollarse aquel grandioso y utilísimo descubrimiento.

Hay otros que, si bien más escasos de importancia, son todavía más admirables por lo inconcebibles y utópicos que hubieran parecido ántes de realizarse.

Una mujer enamorada tiene, allá en los tiempos primitivos, la idea de trazar con carbon en la pared de su estancia el perfil del rostro de su amante que se proyecta en la sombra que éste ha producido. Esos contornos bruscamente delineados dan la idea del dibujo. ¿Quién creeria que más tarde reproduciria el pincel del artista no sólo la imagen acabada de un hombre, sino tambien todas las galas de la naturaleza, todos los encantos del paisaje con el lujo asombroso de la perspectiva, valiéndose de la luz, de la sombra, de la combinacion de colores y de los diferentes tamaños de los objetos? ¿No se hubiera tenido por utópia el proyecto de terminar en cuadros magníficos lo que aquella mujer comenzara con un pedazo de carbon?

(Se concluirá.)

M. CARRILLO DE ALBORNOZ.

LISBOA EN 1870.

IV.

Conocido el centro y la parte occidental de la ciudad, dirigiremos nuestros pasos al lado oriental, para acabar de recorrer todos los barrios que se extienden á orillas del Tajo, ántes de recorrer la poblacion de Sur á Norte.

A la derecha de la plaza de D. Pedro se halla la de la *Figueira*, que es el *Mercado central* de Lisboa; partiendo de ella por la *rúa nova da Palma* se encuentra á la derecha el *teatro del Príncipe Real*, nuevo y pequeño coliseo donde suelen actuar muy buenas compañías; y por una sucesion de calles la directa *dos Anjos* y de *Arroyos*, que forman una sóla y larga vía más llana y recta que la generalidad de las de la poblacion, se llega á la estacion del *ferro-carril Larmanjat*, sistema de locomocion ensayado en Francia con escaso resultado é importado con ménos aún en Lisboa.

De allí parten dos caminos, ninguno de ellos cómodo, para ganar la altura en que se hallan colocados tres puntos que vamos á recorrer:

Es el primero la *Penha de França*, desde el cual se goza de un espléndido panorama de la ciudad, comprendiendo gran parte de ella de Norte á Sur. Siguiendo en esta direccion por la *entrada da Penha*, se encuentra á la izquierda otra titulada *Asinhaga para Val Escuro*, que conduce al cementerio de la parte oriental de Lisboa llamado *Alto de San Juan*, ménos rico en monumentos fúnebres que el occidental de que á su tiempo hablaremos; pero muy digno de ser visitado, no sólo por su notable capilla adornada con buenos mármoles, sino por la excelente vista que se disfruta desde la planicie en que se halla situada. Es inútil decir que los cementerios de Lisboa se separan absolutamente de los de Madrid en el repugnante sistema de las anaquelarias con nichos, porque apenas hay en Europa punto donde se encuentre cosa parecida.

Volviendo á la entrada da Penha y tomando la *rúa do convento de Graça* se llega á otra altura en que este se halla situado. Son la Penha de França, Graça y el Castello, tres montañas salientes desde las cuales se descubren magníficos y variados panoramas que comprenden la ciudad, el rio y aun las cercanías; en dias claros se ven con toda claridad hasta las almenas y las torres de los castillos de Cintra; en su lugar iremos señalando otros de los muchos puntos de vista que ofrece el suelo accidentado de la poblacion, imposible por eso mismo de abarcar á una sola mirada; pero muy abundante en deliciosas perspectivas.

De Graça al *Castello de San Jorge* hay muy poca distancia que debe recorrerse á pié; es aquel el corazón de la primitiva Lisboa, un barrio curiosísimo, de estrechas y tortuosas calles, que recuerdan las de Toledo y que aquí y allá conservan todavía en puertas y ventanas testimonios de piedra de que al amparo de la fortaleza, en aquel laberinto de vías extratéticas, moró largo tiempo un pueblo árabe. El llamado castillo de San Jorge es la ciudadela de Lisboa, que en gran parte la domina: el sistema de fortificacion ni es moderno, ni regular, está reducido á aprovechar, con no mal acierto para la defensa, los accidentes naturales del terreno. La parte militar del castillo es espaciosa y comprende cuarteles para dos regimientos de infantería, un presidio militar,



DON MANUEL RUIZ ZORRILLA, PRESIDENTE DE LAS CÓRTEES CONSTITUYENTES ESPAÑOLAS.

espaciosos almacenes y numerosas baterías medianamente artilladas. Consérvase todavía la puerta en que, según la tradición, atravesó primero la lanza y luego el cuerpo el valeroso Martín Muñiz, para que, á costa de su vida, pudieran los portugueses tomar á los moros aquella importante posición. El barrio del castillo todo es de mezquina apariencia, contiene el *teatro de Taborda*, el más moderno y no el menos lindo de Lisboa,

No lejos del castillo está *San Vicente de Fora*, espacioso templo cuya primera piedra puso Alfonso Enrique en memoria de la toma de Lisboa, en 1147; hallándose bastante deteriorado le reedificó Felipe II, y en verdad que tanto la nave como los claustros tienen un sello escurialense muy marcado. En una bóveda inmediata, poco notable en verdad, á la iglesia, está el panteón de la dinastía de Braganza, y en un inmenso edificio antiguo, que fué convento, la residencia del prelado diocesano. San Vicente conserva aún el nombre de *Fora*, que

le dieron cuando fué construido en sitio extramuros de la ciudad.

Inmediato á San Vicente se distingue de lejos una enorme masa de piedra, murallones gigantescos que forman un círculo interrumpido á partes iguales por cuatro ángulos rectos; á primera vista se duda qué puede ser tan colosal construcción, cuya forma no tiene nada de semejante con edificio alguno conocido; lo que menos puede sospecharse es que aquélla sea el ornato de un templo, y sin embargo, lo es: allí, en aquel promontorio que no ha llegado ni llegará á cerrarse jamás con la bóveda imposible que estaba proyectada, se han gastado sumas inmensas para erigir una iglesia dedicada á *Santa Engracia*. Cuentan que un tal Simon Perez Solís, injustamente acusado de un descasto cometido en la antigua iglesia, fué, sin embargo, condenado á muerte: al subir al patíbulo lanzó una profecía, dijo que para que la obra de Santa Engracia fuera testimonio de su ino-

ciencia, no se concluiría nunca: la profecía se ha cumplido; dos siglos hace que se apilaron allí las piedras de una cantera, y á pesar de eso en vez de iglesia hay sólo una leyenda: la de Perez Solís.

Bajando á la margen del Tajo, y siguiendo la calle primero y la carretera después que le costean, río arriba, aparece éste, pasada la barrera fiscal, en toda su anchura, de más de tres leguas; es de notar á la izquierda un gran edificio, un verdadero palacio en que se halla establecido el *Asilo de Maria Pia*, digno de ser visitado. Contiguo á él y por un buen puente de hierro cruza el ferro-carril la carretera y se aparta por la izquierda, dejando libre la margen del río; poco después empieza el barrio de la *Alfama*, no menos famoso que el de Alcántara.

Es una circunstancia digna de notarse que las dos poblaciones ribereñas extramuros de Lisboa por Oriente y Occidente, es decir que los dos extremos de las afueras

de la
Es la
menes
mina
domic
cas, n
hay d
tampa
te, de
rias, c
cos, q
Hay e
que a
cia, s
son la
de cu
je. E
do, p
la ap
bre, e
no po
nias e
traste
ropa
su va
do si
encar
habia
Alcá



ASPECTO DE LOS ALREDEDORES DEL PALACIO DE LAS CORTES EL DIA DE LA VOTACION DE REY.

de la ciudad coincidan en la indole de sus moradores. Es la Alfama, como Alcántara, refugio de los que han menester de habitaciones ecocómicas; en uno y otro domina la clase obrera, que en la Alfama trabaja más á domicilio ó en pequeños talleres que en grandes fábricas, no escasas, sin embargo, en aquella localidad: las hay de jabon, de toneles, de productos químicos, de estampacion de telas, de galleta, de clarificacion de aceite, de tejidos, de casque arroz, de papel y otras varias, distinguiéndose entre todas la magnífica de tabacos, que da ocupacion á un gran número de operarios. Hay en la Alfama un tipo especial: el de las lavanderas, que aconsejamos al lector estudie á respetable distancia, si no quiere apreciar prácticamente hasta qué punto son las del Manzanares, comparadas con estas, modelo de cultura en sus hábitos y de templanza en su lenguaje. Escritor de costumbres hay que las ha fotografiado, pero tampoco ha faltado quien le conteste haciendo la apología de aquellas mujeres, sin las cuales el pobre, escaso de ropa, no tendria medio de asearse, porque no podria esperarse á que las lavanderas de las cercanías de Lisboa hicieran los viajes semanales que en nada trastornan á las clases bien acomodadas, abundantes en ropa blanca. Aquellas mujeres han demostrado además su valor en diferentes ocasiones, señaladamente en el período de la fiebre amarilla, á la cual desafiaban entrando sin reparo alguno en las casas de los que fallecian y encargándose sin dificultad de lavar las ropas que les habian rodeado en su agonía. Para que la analogía entre Alcántara y la Alfama sea completa, tambien aquí hay

fadistas célebres y fiestas populares especiales, enteramente independientes de la ciudad.

Nada impide al forastero prolongar su paseo hasta *Poço do Bispo*, pueblo únicamente notable por su importante comercio de vino, ni tampoco pedir permiso para visitar la quinta llamada de la *Mitra*, propia del Sr. Salamanca, rica en preciosos azulejos, y en la cual se halla una antigua y curiosa carroza triunfal del patriarca de Lisboa, no mal conservada. Preferible es, sin embargo, al llegar á este punto detenerse á contemplar la magnificencia del tristemente desierto Tajo; á la opuesta orilla, á distancia de más de tres leguas, como ya hemos dicho, se divisan en dias claros algunas casitas, como flores blancas esparcidas á la falda de azules montañas, que por las tardes suelen hallarse coronadas por ligeras nubecillas, destinadas á producir con los reflejos del sol poniente efectos maravillosos: raro es el forastero que al volver la vista al Este deja de confundirse, en el primer momento, creyendo que por aquel lado, donde los límites del agua no se alcanzan, está la desembocadura del rio en el mar; tales son las condiciones del incomparable puerto de Lisboa, en que ancha y desahogadamente podrian anclar todas las escuadras del mundo, y en que apenas se ven habitualmente otra cosa que pequeños y muy contados buques mercantes, tal cual vapor de escala, y lanchones que sirven de comunicacion entre las dos orillas, ó botes dedicados á la pesca.

Volviendo á la ciudad por el mismo camino, hay ocasion de conocer no pocas curiosidades. Es la primera de ellas la vasta y magnífica estacion del ferro-carril, que

merece visita más detenida que la del viajero que llega ó sale de Lisboa. Si para buscar desarrollo necesita prolongarse demasiado entre el Tajo y la carretera que la oprimen, como edificio no tiene rival en la Península y como situacion á la márgen de un rio que se confunde en el mar, y que permite acercar buques de gran porte hasta los mismos wagones de carga, difícilmente puede citarse otra más ventajosa.

Frente á la fachada principal de la estacion está la plaza de Santa Apolonia, bastante espaciosa, pero sin más comunicacion con el centro de la ciudad que la estrecha vía que á la orilla del rio permite el frontero Arsenal del ejército, vulgarmente conocido con el nombre de *Fundicao*, para distinguirle del arsenal de la Marina ya descrito. Es éste una construccion de agradable aspecto; la entrada principal tiene una bella fachada con columnas de orden corintio y trofeos militares, todo ello de piedra muy bien labrada. El arsenal debe apreciarse como museo militar y como establecimiento industrial: en el primer concepto poco ofrece de notable; consta de varios salones donde, formando trofeos, hay muchas armas antiguas, blancas y de fuego, que, sin embargo, ofrecen poco interés para los que hayan visitado la Armería de Madrid, el Museo militar de París ó la Torre de Londres: como establecimiento industrial sirve para apreciar lo que en punto á trabajos metalúrgicos se hace en Portugal; hay allí obras de forja y fundicion, y sobre todo algunos instrumentos de precision que hacen honor á la fábrica. Dividese ésta en varios cuerpos de edificio: la llamada *fundicao de cima*, donde

se funden las piezas de artillería, el palacio del inspector que da al campo de Santa Clara, las herrerías, el depósito y repaso de objetos para artillería y otros.

Una de las mejoras que más imperiosamente reclama Lisboa, es que, á través del gran patio del Arsenal, se abra una calle espaciosa que ponga la estacion del ferrocarril en comunicacion más cómoda que la estrecha vía de que hemos hablado, quedando entre ambas el edificio principal, que puede y debe respetarse.

Merece también algunos minutos de atencion la reciente oficina de la Compañía de aguas para distribucion de las minas, tanto por el edificio, que es muy lindo, como por la preciosa máquina que contiene.

Caminando hácia el Esté por la *rúa da Alfandega*, se encuentra el largo do Terreiro do Trigo, en cuyo centro llama la atencion un vasto y sólido edificio construido por Pomval para depósito de trigo, despues transformado en aduana de cereales, y llamado por último *Alfandega municipal* desde que las demás se reunieron en la llamada *das Sete casas* sita en la plaza de Comercio. El movimiento comercial de aquella es importantísimo y el rendimiento para el Tesoro muy considerable, pues todos los géneros alimenticios que entran en la ciudad, á excepcion de los que tienen entrada en la aduana grande, están sujetos á la contribucion de consumos: el pescado es lo único que tiene administracion separada, que ya conocemos en el Caes de Sodre, mejor dicho en *Ribeira Nova*.

Brotan en el suelo volcánico de Lisboa aguas minerales muy importantes, como si la capital quisiera ofrecer muestra de lo rico que es en ellas el territorio portugués. Frente á Terreiro do Trigo, á la falda del monte en que está situado el castillo de San Jorge, nacen dos fuentes llamadas *Agua das Alcaçarias* y más aún *Alcaçarias del duque* y de doña Clara, que parecen tener el mismo origen que las del *Chafariz* (fuente) del Rey; todas ellas ofrecen la particularidad de contener tal cantidad de ázoe, que en algunas de ellas en pocos momentos pueden henchirse gasómetros de grandes dimensiones; no contienen sino cantidades mínimas de oxígeno y de ácido carbónico, son limpias, no tienen gusto ni dejan sedimento, su temperatura es de 27° á 34°, y 1.000 gramos de agua dejan por la evaporacion un residuo sólido de 09,7128, compuesto de cloruro de sodio, sulfatos de cal, soda y potasa, carbonatos de cal ó magnesia. Si el lector recuerda lo que dijimos de las aguas del Arsenal, y tiene presente que á más de las citadas cuenta Lisboa las *del Doctor* y otras, habrá de convenir en que esta ciudad goza en ese concepto de un privilegio especial sobre las demás de Europa.

Constituyendo uno de los lados de la calle que parte de Terreiro do Trigo, está el mercado de carnes y frutas secas de Algarbe, llamado de *Ribeira Velha*, y no lejos otro pequeño mercado, dedicado exclusivamente á la venta de pescado; este último tiene mesas de piedra y ambos son muy concurridos.

Llaman la atencion en la misma calle las delicadas labores de la fachada de un templo titulado la *Conceição Velha*, antigua sinagoga de judíos, trasformada en iglesia cristiana al secuestrar Lisboa el barrio de la Judería. La portada y las ventanas laterales son del mismo género que las del monasterio de Belen y merecen una mirada del artista, del anticuario y del curioso.

Llegados á la plaza del Comercio, que ya nos es conocida como casi toda la parte central de Lisboa, damos por terminado este paseo, y despues de haber recorrido en direccion oriental y occidental en una extension de diez kilómetros la margen del Tajo, y de lamentar el triste silencio que reina sobre sus corrientes y la lastimosa falta de movimiento de una ciudad cuya posicion geográfica parecia asegurarla gran animacion, la visitaremos de Sur á Norte, donde aún es mayor la paralización y la falta de vida.

Rosi.

COSTUMBRES DEL SIGLO XVII.

UNA ACADEMIA.

Notable y muy general afición á las letras se despertó en el siglo décimoséptimo, la que traía ya su abolengo de otros más atrás, pero en este puso cima y coronamiento á tales gustos con los muchos y excelentes ingenios que en él sobresalieron.

Apolo hizo entonces cantidad de adeptos, que trató de tomar carta de naturaleza en el Parnaso, alegando méritos de diverso linaje, y como quiera que cada uno tratase de hacer pasar los suyos por únicos entre los demás, adoptaron varias vías por donde llegar al sitio

que se habían propuesto, acaudillados por famosos vates, que hicieron brillar sus aciertos no menos que sus extravíos.

Gran inclinacion, singularmente hácia la poesía, se demostró en todas las gerarquías, y los plebeyos y los hidalgos, los caballeros, los grandes señores y hasta el monarca en persona, sintieron tocados de la general afición, dedicando sus ócios á las musas, ya recibiendo sus inspiraciones, ya escuchando con placer las ajenas, de lo que es buena prueba la predileccion que todos mostraban al teatro, donde los poetas, alentados por el vulgar aplauso, derramaban á manos llenas copia abundantísima de aquellos alambicados conceptos y poética palabrería con que embobaban á la multitud.

Pero esto aún no satisfacía á tan laboriosos ingenios; y como por otra parte no á todos era dado cosechar aplausos en el teatro, de aquí que trataran de cultivar sus talentos en otro campo y para ello dieron en inventar las *Academias* *.

Inútil, ó poco menos, será decir lo que por ellas se entendía, siendo reuniones de los que en las letras se ocupaban, que tenían ciertas bases, sobre las que todo estribaba, sometiéndose los académicos á sus pragmáticas con todo respeto.

Mas no vaya á imaginarse que tales academias tenían algo de comun con esas graves y estiradas reuniones de hombres, á quienes dan calidad y veneracion su saber y sus canas y que se proponen realizar el lustre y esplendor de las ciencias, artes ó letras; no eran esas academias como la *Academia Española*, más moderna en su origen *, sino faltas de apariencias de tal importancia, sin que diese á sus miembros honra el inscribirse en ellas, aunque las habia tales que contaban en su seno á los más claros varones, sobre todo en poesía, que entonces ilustraban nuestra España.

En prueba de ello la *Academia de Madrid* contaba entre los suyos al famosísimo *Fénix de los ingenios*, al gran Lope, que le dirigía su *Arte nuevo de hacer comedias*, en ocasion tal vez en que habria tomado este asunto como tema para lucir su ingenio. También en Madrid, aunque vivió menos de un año, se estableció la *Academia Imitatoria*.

Largo seria relatar los nombres de las muchas que se formaron y aún trabajo habria de costar: si diré que ordinariamente se adoptaban para las academias y hasta para los socios, nombres no poco peregrinos; así, por ejemplo, en Valencia existió la llamada de los *Nocturnos*, de la que era miembro el canónigo Tárrega *, muy celebrado de sus contemporáneos como poeta de comedias, conocido allí por el sobrenombre de el *Miedo*, siendo otro de tales académicos Guillen de Castro *, á quien apellidaron el *Secreto* *.

En Zaragoza existía otra, llamada de los *Anhelantes*, y cuando el famoso conde de Lémos fué virey de Nápoles, creó en esta ciudad la que se apellidó de los *Ociosos*, de que él mismo formaba parte, y con él era notable aquel grande ingenio aragonés, de quien Barbastro con justicia se enorgullece; Lupercio Leonardo de Argensola es el que digo, muy favorecido y allegado de tan noble príncipe, generoso Mecenas para los que frecuentaban las musas, y el cual Lupercio habia sido ya conocido en la academia *Imitatoria* de Madrid con el nombre de *Bárbaro*, apellido que tomó por llamarse Bárbara la dama á quien servía * y que andando los tiempos llegó á ser su esposa.

* Segun Ludovico Domeniqui en su *Razonamiento sobre las empresas de Paulo Jovio*, el gusto por las *Academias* tuvo origen en Italia, en el siglo XVI, propagándose despues por España.

* Su fundacion data del año 1713, debida á Felipe V, quien la organizó imitando á la Francesa. La de la Historia se creó en 1738.

* El canónigo Tárrega, poeta valenciano, contemporáneo de Lope.

* D. Guillen de Castro, valenciano también, que entre más de cuarenta comedias tiene la famosa de *Las mocedades del Cid*, que inspiró y sirvió en gran parte al francés Pedro Corneille para su célebre tragedia *El Cid*.

* Otro de los académicos fué Lopez Maldonado, amigo de Cervantes, á quien Fr. Pedro de Padilla incluye entre algunos de los famosos poetas de Castilla. Conociasele por el *Sincero* en la academia. Esta, que fué una de las más celebradas de España, tuvo su primer junta en 4 de octubre de 1591. Disuelta, á lo que parece, algunos años despues, resucitó hácia el 1615, merced á Guillen de Castro, denominándose de *Los montañeses del Parnaso*. (Vida de Cervantes, por D. Martin Fernandez de Navarrete).

* En una epistola leida ante esta academia, dice Lupercio:

Así, quien siempre ocupa mis potencias
Y sabe de mí ser más que yo mismo,
Juzgando no por sólo de apariencias
Me cargó sobre el nombre de bautismo
El Bárbaro, y así, de allí adelante,
En Bárbara formé mi silogismo.

Alude el poeta á doña Mariana Bárbara de Albion, con quien

En Sevilla, en el estudio del insigne pintor y poeta Francisco Pacheco, habia una especie de academia perenne, á la que concurría, entre otros, el gran Cervantes.

Hasta el mismo rey Felipe IV, deseoso de disfrutar los solaces en que sus leales vasallos se regocijaban con las castas doncellas del Parnaso, no quiso ser menos que ellos, y amigo, como era, de los poetas de más nombra, no le fué muy difícil encontrar quienes quisieran ser compañeros, no menos que del rey de España y de las Indias, así que la academia del monarca se halló constituida en breve.

Calderon, Moreto, Quevedo, Mendoza, Velez de Guevara y los principales de cuantos cultivaban la musa castellana, tenían á no poca honra que Felipe, apellidado el Grande, los congregase para una academia, en la que no sólo se proponían asuntos que hubieran de desempeñar los académicos al cabo de algunos dias, sino que, como poetas dramáticos, en general, hubo ocasion en que improvisaron toda una comedia bíblica, á lo burlesco.

De leer es lo que sobre este particular narra el portugués Pedro José Suppico * y acerca de las personas que tomaron parte en la improvisacion de una comedia, cuyo asunto era la creacion del mundo.

Calderon habia hurtado unas peras á Velez de Guevara, el cual desempeñaba el papel de Padre Eterno, y Calderon el de Adán *; y dirigiendo la palabra á Dios dijo:

ADAN (Calderon).

Padre Eterno de la luz
¿Por qué en mi mal perseveras?

PADRE ETERNO (Velez)

Porque os comisteis las peras,
Y, ¡juro á Dios y á esta cruz,
Que os he de echar á galeras!

Entonces Adán pronunció una larga relacion en disculpa, y narrando, de paso, algunas travesurillas de Velez, quien escuchaba impaciente á causa de estar sosteniendo, para mayor propiedad, un pesado globo, simbolo de su elevado carácter; y no pudiendo resistir más, interrumpió á Calderon, arrojando el mundo y diciendo:

¡Por el cielo superior
Y de mi mano formado,
Que me pesa haber criado
Un Adán tan hablador!

A las veces las damas, que se preciaban por entonces de no poco ingenio, como lo prueba la dilatada lista de escritoras que se conserva, concurrían también á las academias ó remitían á ellas sus conceptos.

Así nos las pintan algunas comedias de aquellos tiempos *, que retrataban en mucha parte fielmente los usos de entonces.

Pero para que más claramente se advierta lo que eran tales academias, he de procurar que el lector vea, hasta donde me sea posible, una de las tales, segun la pintan los escritores contemporáneos.

Si no tiene, pues, cosa que le ponga entredicho, hágame la merced de acompañarme á la posada de D. Martin de Avendaño, caballero de muy aventajadas partes, otro tanto que escaso de bienes de fortuna, acaso por lo que cultivaba las musas, el que, en su ferviente culto por las urañas doncellitas del Pindo, habia conseguido, no sin esfuerzo, formar una academia.

Las exiguas rentas de un patrimonio que poseía en Avila, no consentían á D. Martin habitar gran caseron, sino una vivienda escasa y destartada de muebles, donde acompañado no más de un lacayo al quitar, que sólo le servía de dia, criado de medio pelo, calzas raídas y jubon que ya descubria la hilaza de la camisa, dábale á Apolo como pudiera darse al hambre, pues van unidos las más veces, como el cuerpo y la sombra.

Así, cuando llevado de su amor á las musas, y contando con la ayuda de otros poetas no menos traspillados que él, pensó en la academia, trató, ante todo, de arreglar aunque fuese un desvan.

Tropezó, por bien de su estrella, con un clerizonte, fecundo cuanto implacable poeta de autos y loas, y ántal cual comedia devota, el que, á pesar de sus desvarios y achaques de musa, habia topado con un duque á quien

casó por los años de 1587, contando veinticuatro de edad. En ella tuvo á D. Gabriel Leonardo de Albion, quien unido á su tío Bartolomé, publicó las poesías de ambos Argensolas con el título de *Rimas de Lupercio y del doctor Bartolomé Leonardo de Argensola*. (En Zaragoza, en el Hospital real y general de Nuestra Señora de Gracia, año de 1634.)

* En los *Apotegmas políticos y morales*, por Pedro José Suppico.

* Moreto desempeñaba el de Eva.

* Rojas y Zorrilla, en su comedia *Lo que quería ver el Marqués de Villena* y también en *Lo que son mujeres*.

administraba parte de su hacienda, el cual le alojaba en su palacio, enorme edificio, del que nuestro clérigo pudo aderezar un desvan, que en tiempos fué granero y ahora pondría á disposición de D. Martín de Avendaño para asiento y mansion de las nueve.

No más quiso nuestro académico fundador, y después de haber pasado tres noches en claro escogitando nombre con que bautizar á la que había de nacer, dióse á buscar á sus consocios.

He dicho cuáles fueron sus desvelos para encontrar el nombre segun él lo quería, sonoro y significativo, á la manera del héroe manchego cuando salió en busca de aventuras.

Atento á la escasa luz que á tan lóbrego aposento llegaba, pensó que el nombre que, como anillo al dedo, á la academia encajaba, era el de *Tenebrosa*, y *Tenebrosos* á sus académicos; lo que le pareció también acertado para atraer la atención, por cierto misterio y extrañeza que en el tal nombre se comprendía, y loco de contento con su hallazgo sólo pensó en el remate.

Por fortuna suya, en aquel tiempo no era difícil tarea la de encontrarse con discretos varones, precitados de ingenio, que así hilvanasen un soneto como enredasen una comedia, estando dispuestos á cantar sobre cualquier asunto.

Cuatro bachilleres, un licenciado y un doctor que había glosado en tercetos á Galeno, y que recetaba en endechas, presagiando la muerte de sus enfermos, fueron los primeros á quienes encontró para su plan.

No tardó en unírseles un sacristan de monjas, autor de más de doscientos villancicos al Nacimiento y al Córpus, que se cantaban en todos los conventos de cinco leguas al contorno.

Agregóse también un soldado, recién venido de Nápoles, que juraba por *Baco* y llamaba *signorias* y *padrones* á sus camaradas.

Otros varios, hasta veinte, se reunieron y determinaron empezar desde luego sus tareas, disponiendo que para la primera junta fuese presidente D. Martín de Avendaño y secretario el clérigo cuyo era el desvan y que se llamaba el licenciado Miguel de Ureta.

Como era costumbre, todos los académicos tomaron sus nombres de academia.

Desde luego se bautizó el presidente y se llamó *Héspero*, que lo mismo y mejor podía haberse llamado *áspero*, y fué el escoger tal nombre, segun él dijo, porque así como el lucero llamado *Héspero* sale como heraldo yregonero de las tinieblas de la noche, había él sido el *Héspero* de los *Tenebrosos* de la academia.

El licenciado Ureta se apellidó el *Despierto*, porque decía que no se había dormido en las pajas aderezando albergue para aquella reunion de sabios.

El soldado quiso llamarse *Pirro*, Escipion ú otro nombre cualquiera de grandes capitanes de la antigüedad; pero esto no pareció muy conforme con los hábitos de las academias y se denominó el *Glorioso*, por la mucha gloria que aseguró haber adquirido en sus campañas.

De este modo fueron titulándose todos con la esperanza de que aquellos nombres les harian inmortales, con más la ayuda de sus ingeniosos escritos.

Seguendo la vereda por otros trazada, dispusieron que para la primera sesion, que había de celebrarse de noche, se escribiera una pragmática de los poetas *Tenebrosos*, de la que se encargaría Avendaño.

Repartieronse asimismo varios asuntos, y á uno de los bachilleres, llamado Gabriel de Laguna, que había cursado por espacio de dos años los amores de una viuda, que al fin le olvidó por un ginovés de bolsa larga, pidióse que definiera en unas décimas cuál amor es preferible, el de una doncella ó el de una viuda.

Al doctor, como práctico en la materia, se le encargaron unos tercetos sobre quién había hecho más víctimas: los médicos ó las armas.

A Ureta quisieron encomendar un romance á Filis, que calzándose un chapin soltó un punto de la media, pero por ser asunto más profano de lo que á su estado convenia, encargóse de ello Pero Lope de Azpuruaga, otro de los licenciados, vizcaino de tomo y lomo, que mejor hubiera tomado tres azumbres de vino aragonés, pero que, por no desairar á la compañía, tomó el cargo.

El sacristan de monjas prometió unas redondillas y á falta de ellas dijo que suministraría unas natas hechas por mano de sor Rafaela de la Revelacion, con que se chuparía los dedos el cónclave; y por fin el soldado, que se llamaba D. Sancho de Rebolledo, quedó en el encargo de hacer un soneto sobre Marte y Vénus.

Otros asuntillos se trataron, como contribuir á la academia con cuatro maravedís por semana, para que Avendaño comprase unas velas de sebo y candeleros, que pondrían en la mesa presidencial.

Tomadas estas disposiciones se despidieron hasta de allí á ocho dias á la misma hora, que serian sobre las ocho de la noche, recomendando Avendaño que cada cual pusiera toda su diligencia en concurrir á la academia con el fruto de su ingenio.

Todos lo prometieron, y D. Sancho añadió que, en cuanto á él, estaba dispuesto como el primero, pues aún cuando sus arreos eran las armas y su descanso el pelear y más se le entendía de batallas que de brujular sonetos, sin embargo, pondría una pluma en el Pindo, como una pica en Flándes, si cierta riña, que tenía concertada con un caballero sobre favores de una dama, le salia á buen recaudo, como él confiaba, merced al esfuerzo de su brazo.

Despidiéronse todos con muy corteses razones, y Ureta, en cumplimiento de su ministerio, trató de apartarle de su dañado propósito, diciéndole que más cuenta le tendria aunque fuera andar á coces con el Pegaso, que á cintarazos con su adversario, y que si ello era muy hidalgo era en cambio muy poco cristiano; y fuérase lo uno por lo otro; pero D. Sancho estaba más bravo que el mejor par de los doce y con esto se despidió.

Pasáronse los dias y entre tanto Avendaño y Ureta pensaron en aderezar lo mejor posible los desvanes que iban á consagrar por templo de las musas.

Tomó Ureta, prestada del duque, obra de una docena de sillas de diferentes formas y medidas, supliendo las que faltaban con unas tablas, que dispuso sobre unos ladrillos y que con el peso se balanceaban como arco de ballesta.

Halló también una mesa, que tomó de un bodegon, á cuenta de un memorial que había de escribir al bodegonero, solicitando una pension para una hija que daba en la manía de ser doncella, contra la voluntad de sus parientes, que para otro la destinaban.

Remedióse una pata zamba con unos casquillos de teja y las mugrientas manchas se aderezaron con un repostero del duque, cuyo repostero andaba á mal traer por las caballerizas, con achaque de tapar unas grietas de la ventanilla que salia al aposentillo del palafrenero.

Ahorráronse de comprar candeleros, como en un tiempo pensaron, porque Ureta se trajo dos, que relegados al olvido yacian en la iglesia en que solia decir misa, vestidos de telarañas y pábilo, en el rincón de un altar sin culto; de las Once mil Vírgenes, que por ser tantas nadie les tenia devocion, bien que la merecian mayor por el milagro de haberse reunido en tanto número.

Trájose de paso hasta siete cabos de vela, que la generosidad de un monaguillo le dió, no sin exigirle formal promesa de haberle de pagar en consonantes para la próxima Navidad; porque le habían pedido unos villancicos las monjas de su pueblo, que lo era uno del reino de Leon, suponiendo, y con verdad, que pues en la corte había tantos poetas y él era sacristan, no dejaría de conocer alguno que pidiese en la puerta del templo, ó se viera en alguna necesidad mayor; y porque de todos modos en su pueblo ni aún los más ancianos se acordaban de haber oido mentar á ninguno, y eso que habían contado hasta por tres veces la plaga de la langosta y por dos un hambre que no la mataban doctores; por lo que esperaban que las serviría en aquel recado.

Con esto evitó el comprar velas de sebo, quedando el caudal de los maravedís para otras urgencias de la academia; y así dispuesto esperó el dia, ó mejor la noche, más ufano que un triunfador antiguo que presentase en el Capitolio las banderas de los pueblos humillados á la República.

Avendaño, á pesar de su dignidad de presidente, no se desdeñó de empuñar la escoba, como otro dictador Cincinato el arado, y pasar una mano por el desvan; y minutos ántes que llegase la concurrencia vertió un cántaro de agua del pozo en una vacía de afeitar, y roció con el mayor esmero para evitar el polvo, y aún es fama que cuando entraron los primeros académicos, acababa de enjugarse las manos en la orilla del repostero, por la parte que caía á su asiento.

Era éste una silla de brazos, de cuero de Moscovia, que se quebró un dia en un aposento del duque y había de ser el sólogo de Avendaño.

Acababan de dar las ocho en la parroquia cercana, y aún resonaba el eco cuando fueron presentándose los primeros académicos, que, como todos, traian algo que leer; no cabian en la piel, del deseo que tenían de embocar á todo el mundo; y ya con achaque de preguntar su parecer á varios amigos, había, el que ménos, leído su obra siete veces y se hallaba apercebido para dispararla contra cualquiera que encontrase á tiro de consonante y muy en especial á la docta academia.

No habían pasado diez minutos cuando ya todos estaban en sus sitios y Avendaño se había sentado en el su-

yo, brillándole en el rostro la satisfacción por haber llevado á buen remate un deseo que tanto tiempo había le punzaba.

El último que llegó, no contando al capitán D. Sancho, de quien no se tenía noticia, fué el licenciado Pero Lope de Azpuruaga, el cual venia acompañado de un mancebito de rostro gentil, si bien casi no se le parecía, merced á llevarle encubierto, en gran parte, con unos anteojos, por no sé qué achaque de la vista que alegó.

Vestia el nuevo herrero largo, sombrero sin toquilla, el cabello luengo y lustroso, y era su talle no muy desembarazado.

Azpuruaga pidió vénia al presidente para presentar al forastero en el concurso, diciendo que no había mucho que le había encontrado en la *ermita* *, y sabiendo que se celebraba una academia en la que se habían de señalar tan renombrados vates, díjole sería muy honrado con asistir á ella y aún tal vez, si se lo permitian, leyese alguna cosa.

Dióle la bienvenida el presidente, y con bizarra cortesía le ofreció su puesto, que el mancebo no quiso aceptar, ni siquiera otro al lado del secretario Ureta, ántes fuese á sentar en uno de los más oscuros, no léjos del bachiller Laguna, aquel que sirviera á cierta viuda por espacio de dos años.

Poco después llegó D. Sancho respirando valentía por los cuatro costados, y como quien viene apresuradamente.

Ocurrióseles á todos la pendencia y aún le preguntaron, pero él con frases truncadas dejóles confusos y á cada cual dueño de pensar lo que más le viniera en gusto, aunque parecía que hubiese triunfado.

Cuando la tranquilidad reinó, Avendaño, con voz grave y gesto mesurado, pronunció una arenga á los *Tenebrosos*, de la que haré gracia al lector, pues debe suponer que se dirigió á manifestar su gozo por ver allí reunidos ingenios á los que recomendaba el trabajo asiduo en lo que se les encargase, y para dar ejemplo determinó empezar leyendo la pragmática que había escrito, que decía así:

PRAGMÁTICA

á que han de atenerse los académicos Tenebrosos, bajo pena de incurrir en las celestes iras de Apolo y de las Musas.

Yo, el académico Héspero, por la gracia de Apolo y de las Musas, poeta presidente, en el nombre de nuestro númen, á los ingenios *Tenebrosos*, salud.

Primeramente: como el oficio de poeta es de suyo baldío, y por tanto sin fruto y muy ocasionado á producir gente ociosa y perjudicial á la república, en adelante ninguno será osado á titularse tal, á lo ménos que no acredite primero poseer suficiente renta para comer de ella, ó practicar alguna arte ú oficio, como zapatero, sastre, organista, etc., ó siquiera lacayo, y aún palafrenero.

Item: habiendo Apolo visto con desagrado que aún los poetas más acreditados dan en la manía de escribir á destajo, como quien trabaja para comer, ha dispuesto que se establezcan meses de veda, en los que no se podrá ir á caza de consonantes.

Item: por haberse comparado muchas veces ya los labios al coral, los dientes á las perlas, la frente á la plata, y cosas de este jaez, queda de todas prohibido este abuso y en adelante será castigado como falsario quien tal hiciere y condenado á trabajos forzados en minas.

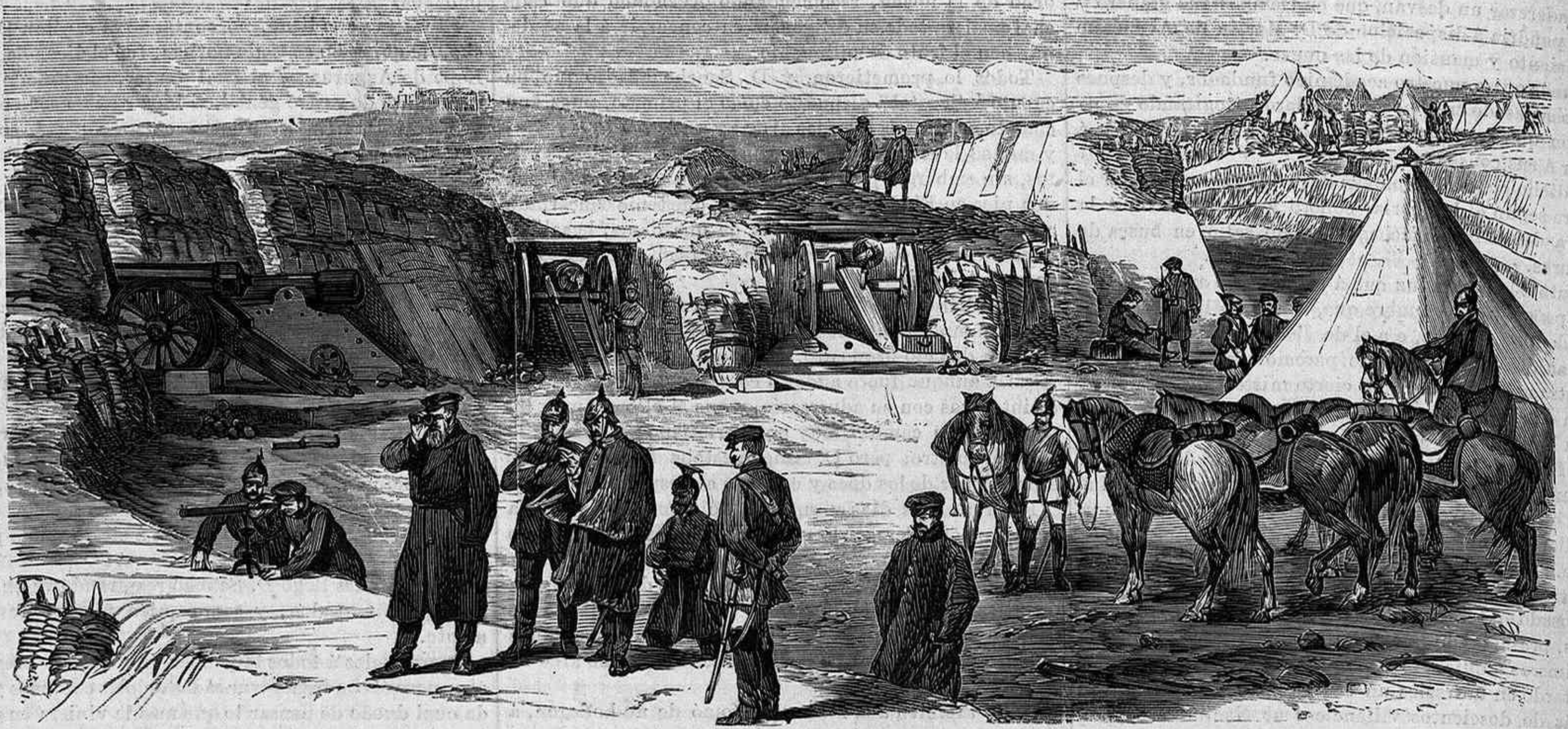
Item: siendo la cortesía cosa que no debe olvidarse, queda prohibida con todo rigor la desvergüenza de los poetas, que dan en llamar á todos de tú, como mujercillas, y en adelante darán á cada cual el tratamiento que merezca, para lo que se proveerán de una cartilla, quedándoles en especial prohibida la irreverencia de tratar así á Dios y á los santos.

Item: cuando alguno sacare patente de poeta, se le advertirá eficazmente como le queda vedado muy de veras el empezar llorando ilusiones perdidas, y si tiene dama y quisiere celebrarla, hágalo con su nombre de pila, sin apodararla con los de Filis, Clóri, Anarda y otros paganos, sopena de excomunion del gremio, porque tales nombres arguyen desprecio de los bienaventurados de la corte celestial.

Item: será tenido por salteador y fullero de consonantes el que parafraseare las obras de otro, porque es cargarse con el trabajo ajeno y vestirse con falsas plumas, como el grajo de la fábula.

Item: las glosas sólo se permitirán por favor especial y con promesa de no hacerlas más de tres veces en la vida del poeta.

* En lengua de germania se llamaba *ermita* á la taberna.



TRABAJOS DE DEFENSA HECHOS POR LOS PRUSIANOS EN EL SITIO DE PARÍS



EXACCIONES DE LOS ALEMANOS EN LOS PUEBLOS OCUPADOS POR FUERZAS ALEMANAS.



ENTRADA DE LOS PRUSIANOS EN METZ POR LA PUERTA LLAMADA DE LOS ALEMANES.

100

Item: por habérsenos quejado un tal Fábulo de que se le traía en lenguas, levantándole mil testimonios, porque todo lo hacia y decía Fábulo, malo ó bueno, sin que le dejasen un momento, estatuímos que en adelante los poetas llamen á cada cual por su nombre, sea Juan, Diego ó Antonio.

Item: no se permitirá poetas de menor edad, sin tutor ó curador que los autorice, y si alguno de ellos tuviere comercio con las musas, se tendrá por contrabando y se le privará de consonantes como de sacramentos.

Item: se prohíben los poetas maldicientes y perjuros, por el escándalo que en la república producen, así como el invocar á Júpiter, Marte, Venus y otros dioses gentílicos, por ser idolatría flagrante y caso de Inquisición.

Item: no se consentirá á ningún poeta leer sus versos, sino al que con instancias se lo rogase, para evitar la molestia que de otro modo producen y el tiempo que hacen perder.

Item: para ser poeta bastará haber aprendido á leer con algo de soltura, y á contar por los dedos, para sacar las sílabas cabales, advirtiéndole que los endecasílabos tienen once, ocho los octasílabos, siete los eptasílabos y así los demás, que con esto sabrá para empezar.

Item: no se consiente que en las comedias el que está en la escena oiga siempre venir al que llega, por muy lejos que esté, así como que se cuente á los espectadores aquello que los personajes deben decir, como si no tuviesen auditorio y hablasen entre sí.

Item: siendo cosa averiguada que los poetas del día no saben tocar la lira, por más que lo digan á cada paso, y que su canto, del que tanto se glorían, es como el del cisne, que nadie lo ha oído, se les amonesta para que en lo sucesivo no se valgan de engaños para atraerse lectores, y de no, se les condenará á recitar sus obras con música de carracas y zambombas.

Y esta pragmática se cumpla en todas sus partes, sin perjuicio de añadirla ó enmendarla cuando se tuviere por conveniente, y á los infractores se les renegará de poetas y se les sacarán los consonantes, como las muelas, desterrándoles á quinientas leguas del Parnaso; y si reincidieren ó trataren de volver á hurto, se les encerrará en el Etna, donde Apolo ha alquilado á su hermano Vulcano unas carboneras que tenía desocupadas, para que sirvan de calabozos; y se les tendrá á metro y rima, como á pan y agua, por el tiempo necesario.

Dada fué la presente en el Pindo, el día de los Idus de marzo, por orden del Délio númer á mí su infrascripto secretario. Está firmada y sellada por el dios APOLO.
—P. S. O. HÉSPERO.

(Se concluirá.)

JULIO MONREAL.

DE UN ALBUM.

Piedra en bruto viene á ser
El hombre de más talento,
Si no le da pulimento
El amor de la mujer.

Sin ser amado y amarla,
Del hombre sólo, ¿qué fuera?
Si la mujer no existiera
Tendríamos que inventarla.

Órgano espiritualista
De incomprensible primor,
Que suena tanto mejor
Cuanto es hábil el artista;

Único pan de consuelo
En esta vida de abrojos;
Imágen á nuestros ojos
De los ángeles del cielo;

Tesoro de melodías
Que amante el alma comprende,
Sólo del hombre depende
Encontrar sus armonías.

JOSÉ PICON.

POESIAS PORTUGUESAS.

Tengo para mí, que el famoso dicho de un filósofo alemán: "todo lo racional es real," ganaría en exactitud mucho más de lo que pierde en concisión, cambiándolo

en esta forma: "todo lo racional es ó será real." Y de aquí nace mi profundísima convicción de que Portugal y España, en un plazo más ó menos lejano, han de venir á formar un sólo pueblo, una sólo nacionalidad. Contraria á todas las reglas del derecho y de la política internacional la separación de las dos naciones que al presente forman la península ibérica, hoy lo racional no es real; mañana, bien puede decirse con seguridad absoluta, mañana lo racional será real, y habrá nacido, ó mejor, habrá renacido la antigua Iberia, que nunca conoció la funesta ruptura de la unidad peninsular.

Pero á pesar de mi inquebrantable fé en el triunfo definitivo de la razón sobre todo linaje de errores, sé bien que esto no justifica, ni justificar puede, cierto quietismo científico que acostumbra á hacer este ó parecido argumento: si el progreso es ley constante é ineludible de la humanidad, aun cuando un individuo no haga nada, absolutamente nada, la humanidad seguirá su camino y todo irá de bien en mejor. Los que fundados en tal raciocinio niegan su concurso á la obra del trabajo humano, encerrándose en un optimismo egoísta, desconocen el elemento de libertad que entra en la historia de la humanidad; ese elemento que un santo Padre de la Iglesia católica reconocía como tan poderoso que un día llegó á escribir: "Dios, que ha creado al hombre sin contar con su voluntad, no podría salvarle sin el concurso de la voluntad humana."

Si toda obra requiere obreros. Para que la union de Portugal y España sea un hecho, necesario es que los portugueses y los españoles que vemos en esta idea el porvenir político de ambos pueblos, trabajemos de consuno, sin tregua ni descanso, á fin de que llegue á ser una realidad en el plazo más cercano posible.

Años hace ya que el ilustre marqués de Valdegamas levantóse en el Parlamento y pronunció un notable discurso sosteniendo con poderosísima intuición, ya que no con profunda ciencia, que los intereses permanentes de España consistían en su union con Portugal; y más tarde, cuando la nacionalidad ibérica estuviese completa, en la civilización del Africa. Después D. Sinibaldo de Más, infatigable propagador de la idea ibérica, consiguió formar una asociación hispano-portuguesa, destinada á preparar la pacífica y amistosa reconstitución de la nacionalidad peninsular. El libro del Sr. Mastitulado *La Iberia* es una concienzuda exposición de las razones que aconsejan la union de Portugal y España, y á la vez una historia del progreso de esta idea desde el momento que nació hasta la fecha en que han sido dadas á la estampa cada una de las varias ediciones que este libro ha alcanzado.

Además, por los años de 1855 publicóse la *Revista Peninsular*, que se imprimía en Lisboa y publicaba alternativamente artículos en portugués y en español. En esta revista, destinada á estrechar los lazos intelectuales entre los dos pueblos peninsulares, se leían las firmas de los ilustres escritores portugueses Alejandro Herculano, José María Latino Coelho, Mendes Leal, Raimundo Bulhao Pato, Rebello da Silva, C. J. Caldeira, Lopes de Mendoça, vizconde de Almeida Garrett, J. M. Andrade Ferreira, L. F. Leite, A. X. R. Cordeiro y otros; y de los españoles doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, D. Juan Valera (que firmaba con el pseudónimo Silvio Silvis de la Selva), D. Sinibaldo de Mas, D. Joaquín Maldonado y Macanaz, D. Vicente Barrantes, don Carlos Rubio, D. Aureliano Fernandez Guerra, D. Mariano Cardenera, marqués de Auñón, D. José Ferrer de Couto, D. J. Heriberto García de Quevedo y algunos más que ahora no recordamos.

Era de notar en la *Revista Peninsular* que frecuentemente, y como en señal de fraternidad de los dos pueblos, los escritores portugueses redactaban sus artículos en castellano, y los españoles en portugués.

Por último, la revolución de setiembre de 1868 ha vuelto á agitar las ideas de union ibérica; pero, por desgracia, parece ser que hoy por hoy se ha alejado algun tanto el término, que se creyó muy próximo, de preparar por medio de la elección del monarca español la reconstitución de la nacionalidad hispano-portuguesa. Sin embargo, no por esto se debe desmayar en la propaganda de la idea ibérica, y así lo piensa sin duda alguna el ilustrado representante de España en Portugal, D. Angel Fernandez de los Rios, que promueve por cuantos medios están á su alcance el comercio intelectual de los dos pueblos peninsulares, procurando que deje de ser una verdad la afirmación del distinguido novelista portugués Castello Branco, que dice que la literatura española es tan conocida en Portugal como la de la China: dicho que conservaría casi toda su exactitud sustituyendo España donde el autor lusitano escribió Portugal.

Y digo que conservaría casi la misma exactitud, por-

que afortunadamente en nuestra patria ya se va sabiendo entre las personas un tanto cultas, que la literatura portuguesa contemporánea presenta algunos insignes escritores, que han de ocupar alto puesto en la historia de las letras del siglo XIX. Ya se dice aquí, aunque sus obras no se hayan leído, que Alejandro Herculano es un poeta lírico distinguido, un novelista ilustre y un historiador eminente. Ya se oye el nombre del vizconde de Almeida Garret y de su renombrado *Fray Luis de Souza*. Hasta comienza á saberse que en Portugal existe un fecundo y original novelista que se llama Castello Branco y un verdadero poeta lírico que se llama Tomás Riveiro. Desde hace algunos lustros, en que sólo habían conseguido atravesar la artificial frontera que separa á Portugal de España los nombres y las obras de un poeta épico y de un escritor filosófico, Camoens y el P. Almeida, hasta el día de hoy, no puede negarse que existe algun progreso, si bien no tan rápido como sería de desear.

Débase este resultado, siquiera sea pequeño, á los trabajos de escritores portugueses y españoles, cuyos nombres ya dejamos mencionados al tratar de la *Revista Peninsular*, y en los momentos actuales á la serie de artículos que el Sr. D. Antonio Romero Ortiz ha publicado en la *Revista de España* destinados á dar á conocer el movimiento contemporáneo de la literatura portuguesa.

Animado del deseo de contribuir en cuanto lo permitan mis débiles fuerzas á popularizar en mi patria el conocimiento de la literatura contemporánea de Portugal, háme parecido que no sería fuera de propósito poner en castellano algunas poesías líricas de poetas portugueses contemporáneos, y que LA ILUSTRACION DE MADRID, por la gran publicidad que alcanza, podrá servir, insertando en sus columnas estas traducciones, para realizar cumplidamente el fin que en este trabajo me propongo.

Materiales no han de faltarme, pues en Portugal aconteció lo mismo que en España, que casi todos los escritores en prosa han publicado versos líricos, á más de los escritores que sólo han cultivado este género literario.

Expuestas las razones que me han movido á llevar á cabo las traducciones que aparecerán á continuación de estas líneas, sólo me resta pedir la benevolencia de los lectores, que habrán de tener presente,

Si no lo nuevo del canto
La novedad del intento.

LUIS VIDART.

GRANADA.

(TRADUCCION DEL PORTUGUÉS, DE A. X. R. CORDEIRO.)

I.

Granada, joya de España,
Princesa de Andalucía,
Del islamita alegría,
Triunfo de la cristiandad:
Tú, que fuiste en lo pasado
Rival de aquellas ciudades
Que alzó en remotas edades
El poderío oriental.

Granada, di: ¿Qué se hicieron
De tus nobles los harenes,
La voz de tus almuhedenes
Llamando el pueblo á rezar?
¿Dónde hallar tus valerosos
Zegries y abencerrajes,
Tus caballeros, tus pajes
Y tus laureles sin par?

¿Dó los templos del profeta?
¿Dónde tus embajadores,
Y tus festivos cantores
Alegria del festín?
¿Dónde tus ricos tesoros?
¿Dónde tus glorias pasadas,
Esas glorias conquistadas
Al son de agudo clarín?

Pasaron cual vana sombra,
Que todo pasa en la vida;
Así Troya al ser vencida
Vió su grandeza acabar;
Y apenas si encuentra el sabio
De Nínive algun vestigio;
Y de Méfis el prodigio
El mundo llegó á olvidar.

¡Qué mucho que esa tu Alhambra,
Por los siglos respetada,
Esa Alhambra tan llorada
Del pueblo que la perdió:
Hoy solitaria se encuentre,
Mostrándose en su abandono
Que de la suerte el encono
Su grandeza destruyó?

¡Ah! Granada es un sepulcro;
Allí el árabe esforzado
Duerme sueño no turbado
Bajo laurel inmortal.
Murió la perla de Oriente,
Sólo queda su memoria,
Una página en la historia,
Una sombra, nada más.

II.

¡Has muerto! ¡Qué dije! Tú vives: los astros
Fecundos te envían torrentes de luz,
Que si antes bañaba del moro el creciente,
Hoy brilla alumbrando de Cristo la cruz.

¡Has muerto! ¡Qué dije! Si raro capricho
Anhela en invierno las galas de abril,
Tan sólo tu clima realiza ese anhelo,
Creando en tu vega eterno jardín.

¡Has muerto! ¡No, nunca! Del Líbano el cedro,
De América el plátano, las palmas de Horeb,
Al blando conuento que forman tus auras
Contestan diciendo: morir es nacer.

Tu Darro famoso arrastra en su seno
Preciadas arenas del áureo metal,
Y montes, y vegas, y bosques sombríos
De ensueño encantado las formas te dan.

La Sierra-Nevada perfuma tus brisas,
Ostentas tu cielo de límpido azul,
Tus plazas refrescan marmóreas fontanas,
Así tú recuerdas la altiva Stambul.

¡Oh! sí, ¡la recuerdas! Jamás odalisca,
Cual tú, mi Granada, tan bella y gentil.
¡Oh! sí, vive siempre, prodigio de España,
Ciudad conquistada al triste Boabdil.

EN UN ALBUM.

(DE J. G. DE LIMA).

Entre vos y yo, señora,
Cierta semejanza existe:
Régia corona de ambos
Sobre la frente se ciñe.

Reina sois de la hermosura,
Que es monarquía sin límite;
Yo rey del dolor, poeta,
No hallo á mi reino confines.

EL DIA DE DIFUNTOS.

(DE J. SIMOES DIAS).

Funerario doblar de las campanas
Desde la torre clama sin cesar;
Día es de los difuntos, recordado;
¡Orad! ¡Orad!

A la luz que despunta en el Oriente,
Oscura noche luego seguirá;
Las gayas flores presto se marchitan;
¡Orad! ¡Orad!

Los que sentís del alma los pesares,
Venid sobre las tumbas á llorar;
Las lágrimas consuelan á los tristes;
¡Orad! ¡Orad!

Si el alma lucha con angustia fiera,
De la victoria el láuro alcanzará
Elevando hasta Dios ferviente ruego;
¡Orad! ¡Orad!

Huérfanos tristes que cruzais la tierra
Privados del cariño paternal,
Rogad por los que yacen en la tumba;
¡Orad! ¡Orad!

Suelto el cabello, la mejilla pálida,
Ved esa madre que llorando está;
Del hijo amado la privó el destino;
¡Orad! ¡Orad!

¡Qué triste aniversario! ¡Triste día!
¿Dónde ventura el alma encontrará?
La vida es padecer... luego la muerte...
¡Orad! ¡Orad!

EL REY CANDAULE.

CUENTO GRECO-LATINO

POR D. SANTIAGO DE LINIERS.

(Continuacion.)

VI.

CONTINÚA LA DEMOSTRACION DEL ANTERIOR CAPITULO.

Porque, ¿qué había de suceder si no lo que sucedió?
¿Cómo era posible que Juan Contreras, que se había acostado á subir todos los días á un cuarto segundo de la Corredera Baja de San Pablo, dejase sin expreso mandato de subir los cuarenta y ocho escalones que le constituían en tal cuarto segundo? ¿Cómo era posible que un hombre de su carácter renunciase de pronto á la interesante conversacion del intendente jubilado, á la sosegada y tropical fisonomía de mi señora la intendenta, al gracioso ceceo de la negrita que le abría y cerraba la puerta y, ¡por qué no también á la contemplacion de los atractivos de la hermosa Milagros! ¿Con qué sustituir, por otra parte, el inagotable tema de conversacion que se entraba debajo del brazo en los dichosos tiempos en que era emisario de cariños y embajador de paces, armisticios ó capitulaciones? ¿De qué había de hablar con Milagros, cuando ya no podía hablarla de su amigo el promotor? ¿De qué había de hablarla, si no de él mismo, de Juan Contreras, del pobre Juan Contreras, que se había sacrificado por su amigo hasta el punto de servirle de confidente, ahogando en el más secreto asilo de su alma generosa y dispuesta al sacrificio el sentimiento que le dominaba y enloquecía?

¡Oh, sí! porque ahora, que había desaparecido la barrera que los separaba, lo comprendía todo, con tan extraña lucidez como si siempre lo hubiera estado viendo: la había querido siempre, siempre, siempre.

Nunca se le había ocurrido hacerla la corte, eso no; jamás se le hubiera pasado por las mientes semejante idea: la toga del representante de la ley cubría aquel corazón y en tanto que su amigo hubiera continuado queriéndola la hubiera visto casarse con él y hubiera sido el padrino de la boda, sin pensar ni por un momento que desde aquel instante concluía la dicha de toda su vida ¡Ah! pero, puesto que su amigo el promotor le dejaba libre el terreno, puesto que renunciaba al tesoro que tan fielmente tenía en custodia, puesto que voluntariamente se empeñaba en no ser feliz, ¡por qué él no había de serlo? ¡por qué no había de empalmar su felicidad con el olvido de su amigo? ¡por qué no había de querer lo que su amigo ya no quería?

En cuanto á Milagros, si en vez de relatar una sencilla historia entretregiera una artificiosa novela, me miraría mucho antes de decir que no la sorprendieron las proposiciones de Contreras, y emplearía dos ó tres capítulos antes de aventurarme á dar al público la noticia de que fueron favorablemente acogidas.

Pero fuerza es decirlo: hay tantas circunstancias que pueden convertir la novela de la vida en prosaica historia, que á veces consultando el libro por donde suelen consultarse los libros enfadosos, *indiferencia, amor* y matrimonio se encuentran inmediatamente seguidos en el conciso resumen del índice.

Por otra parte, á una mujer nunca le parece inverosímil que un hombre caiga á sus piés enamorado y rendido. Es tan delicado su instinto en estas materias, que adivinan las pasiones más escondidas, los pensamientos más recónditos y algunas veces hasta las ideas que no se han dibujado todavía en la mente de sus adoradores.

La sonrisa entre triste y burlona con que Milagros acogía siempre esta cándida confesion de Contreras:

—¡Si yo siempre te había querido!

Significaba literalmente traducida:

—¡Si yo siempre me lo había figurado!

Y en estos diálogos, y entre estas preguntas y respuestas, base y argumento siempre el mismo de conversaciones siempre nuevas, trascurrieron brevemente los meses, y llegó el plazo fijado por el mismo Juan para coronar el edificio de sus esperanzas.

Quien haya visto uno de esos árboles que el exigente cuidado de los jardines fuerza á no producir fruto, ni á nutrirse de savia más que por una rama hábilmente dirigida y tan lozana que para ella y por ella sola viven y se alimentan, podrá formarse una idea del alma de Milagros.

Y el que, rendido y sofocado de calor, haya gozado en lo más ardiente del estío de la fresca sombra que esos otros

árboles crecidos en libertad, mal dirigidos y muchas veces infructíferos, prestan generosamente con su ramaje verde y ampuloso, aunque lujosamente inútil, podrá representarse en ellos una imagen del corazón de Juan.

Era Milagros perezosa de alma y cuerpo: aislada del mundo exterior, ni el fausto ni el brillo de una corte la seducía, ni el arte hablaba á su inteligencia adormecida, ni las luchas de poder ó de gloria mundana habían nunca despertado su envidia ni provocado sus deseos; pero en cambio había en ella un sentimiento enriquecido por todas sus potencias inútiles, que llenaba su alma por completo, sin participacion con ningun otro.

El amor no era para Milagros una simpatía ni un cambio de sentimientos; no era tampoco un afecto individual y exclusivista; en ella el amor era el culto hacía el amor mismo.

Leal y francamente quería á Urdiales, leal y francamente quiso á Contreras. En esta brusca sustitucion de personas, ni la coquetería, ni la venganza, ni siquiera el despecho entró por nada. Tenía más devocion á un santo que á otro, pero el dogma continuaba recibiendo la misma adoracion en lo profundo de su alma.

Si alguien la hubiera preguntado á cuál de los dos quería más, Milagros se hubiera encontrado extrañamente sorprendida, porque ni se imaginaba siquiera que fuese posible querer más á un hombre que á otro.

Un adorador era para ella un pretendiente á novio, un novio un futuro marido, y un marido un dueño: y en sus ensueños de virgen, en sus esperanzas amorosas, el matrimonio se la representaba en su imaginacion como una dulce esclavitud, como un yugo eterno en que eternamente sufriría el dominio de un hombre, que no la exigiría en cambio más que la adoracion dócil é irreflexiva de una esclava. ¡Singular naturaleza para quien el amor no tenía ni grados, ni mudanzas, ni tempestades, y como el amor divino florecía eternamente en un sereno y tranquilo éxtasis! ¡Singular mujer para quien la vida no ofrecía emociones, ni la libertad atractivos!

Jamás Juan Contreras, hombre expansivo por temperamento y distraído por costumbre, supo hallar la clave de aquella alma singularísima, y las pocas veces que se dedicaba al análisis de la que había de ser su esposa, más bien reconocía francamente la inferioridad en que respecto de ella se encontraba, que se apresuraba á empuñar el cetro de la dominacion universal que ella sencillamente le ofrecía.

El amor propio, que en algunos se eleva á la categoría de adoracion, faltaba por completo en Contreras; crédulo y cariñoso creía y amaba todo lo que le rodeaba, el valor le enardecía, le conmovía la virtud, la belleza le impresionaba y le subyugaba el talento: todo lo grande, todo lo bello, todo lo bueno, estaba seguro de despertar un eco generoso en aquel corazón entusiasta, pero era uno de esos hombres que, creyendo en todo, son ateos de sí mismos.

Al poco tiempo de vivir con Milagros, en esa dulce intimidad que nuestras fáciles costumbres autorizan entre los que van á unirse para siempre, sabía Milagros de memoria la vida de sus amigos, las aficiones de sus amigos, los talentos de sus amigos, pero de Juan Contreras no sabía nada. Triste ignorancia para quien, como Milagros, había de vivir exclusivamente para Juan Contreras.

—Mi amigo Fulano sí que entiende la vida, nadie le ha engañado nunca, conoce á los hombres y sabe emplearlos: á cada uno le habla en su tono y le hace servir para su objeto; nadie ha podido torcer su voluntad ni detenerle un momento en su camino.

—Ese es un hombre—dijo Milagros, y su lánguida mirada se encendió por un momento—y tú, ¿que has hecho—continuó diciendo—en qué has empleado la vida y esa... esa fuerza—añadió casi tímidamente—esa fuerza de voluntad que teneis todos los hombres y que os hace tan superiores á nosotras?

—¿Yo? respondió Juan algo sorprendido del tono con que Milagros le hizo la pregunta, yo me he pasado la vida viendo vivir á los demás.

En todos los proyectos para lo futuro, en todos los imprescindibles arreglos de casa, dulce preparacion á una vida comun y aprendizaje de las dificultades prácticas de esa vida, Milagros esperaba con ansia la iniciativa de Juan; Juan buscaba la opinion de Milagros, y deferiendo el uno al otro en asunto tan de su competencia, resultaba siempre que el padre de Milagros, ó una amiga de Juan, fallaban en instancia única, por encima de dos voluntades que únicamente se emplaban en abdicar de su jurisdiccion propia.

Bajo estos auspicios, y en estas condiciones, Juan se unió en vínculo indisoluble con la hermosa Milagros; no fué culpa suya que llegara el día de la boda; él hizo lo posible por no fijarle nunca, ni su mujer futura dió

jamás su opinion sobre cuál día de la semana habia de escogerse para acontecimiento tan fausto; pero tantas personas habian intervenido en los preparativos, tantas consultas se habian hecho, era tan práctica en estos lances la amiga de Contreras, el intendente jubilado era tan metódico, los vendedores de galas y los almacenistas de mobiliario trabajaban tanto, la Vicaría despachaba empleados con tantos papeles, los convidados hacian

que lo soy y me parece tan inverosímil que realmente me halle en posesion de ese tesoro, que tardo mucho tiempo, y me froto mucho los ojos, ántes de convencerme de que algunas veces es tambien verdad lo que se sueña.

No vayas á figurarte, sin embargo, que soy uno de esos maridos pelmas de que tanto solias tú burlarte y... algo más.

misma bondad, no tiene exigencias ni antojos (y eso que, en confianza, creo que ya tiene derecho á tenerlos), y como yo tampoco la mando, ni me la hecho de amo, puedo asegurarte que vivimos como dos chiquillos.

Escribeme, hombre, dime lo que haces, dame la enhorabuena y sobre todo no te olvides de tu

JUANILLO."



LISBOA EN 1870.—PALACIO EN QUE RESIDE DON FERNANDO DE PORTUGAL.

tales instancias y el propietario de la casa que iban á habitar escribía tal cantidad de recibos, que entre todos lograron por fin venir á un arreglo comun, y en un lunes del mes de las flores lograron fijar por fin el día de la ceremonia.

Los amantes se dieron las manos: ella coronada de flores espiaba en la mirada del esposo algun destello que le anunciara iba á encontrar al fin la divinidad de su hogar doméstico; él la miraba con infantil regocijo y parecia decirle con los ojos:

—Perdóneme la felicidad que me proporcionas.

Al salir de la iglesia, Milagros, enamorada y conmovida, estrechó cariñosamente la mano de su esposo y murmuró á su oído estas palabras:

—Eres mi dueño, mi guía, mi alma.

—Vida mia—respondió Juan—yo solo sirvo para ser tu esclavo.

VII.

CORRESPONDENCIA.

Juan Contreras á Luis Urdiales.

—Tú, mi querido amigo, á quien debo la felicidad que hoy disfruto, has de ser el primero que sepa por mí mismo hasta dónde llega la dicha que mi Milagros me proporciona.

¡Mi Milagros! Tú, que has vivido más que yo y que, sea dicho sin ofenderte, grandísimo pícaro, has abusado un poco de la vida, tal vez hayas olvidado todo lo que se encierra en esa frase.

Soy feliz, querido Luisillo, muy feliz. Sueño á veces

que mi mujer tiene otorgada por mí la libertad más omnimoda, y yo me he reservado la autonomía más completa. Pero, chico, es una comedia: los primeros días, acordándome de tus lecciones, hacia por seguir de casado la misma vida que de soltero: hasta fingía ocupaciones y citas de negocios: salía de casa muy decidido á no volver en cuatro horas—para conservar la costumbre, como deciais vosotros—pero ¡que diablo! á los cinco minutos me aburría de andar solo hecho un tonto y me volvía á casa.

—Pues no decias que estabas tan ocupado, me preguntaba mi mujer.

—Sí, pero ya sabes que aquí no se puede contar con nadie; las personas con quienes tenia que hablar han faltado á la cita.

Otro día, para no salir de casa pretestaba estar indispuerto; otro, salía con gran valor, me encerraba en un café ó en un teatro, y aburrido y fastidiado lograba entretener media hora.

Ya me cansé de inventar mentiras, fingir ocupaciones y proporcionarme malos ratos inútiles, y un día la confesé á Milagros francamente que yo ni tenia nada que hacer, ni me ocupaba, ni me importaba nada en el mundo más que ella, y que, por lo tanto, á su lado y mirándola á la cara habia de pasar la vida.

Puso una cara tan mona cuando la participé mi resolución, que comprendí lo estúpido que habia sido violentando mi carácter. Cada día me convenzo más de que no hay cosa como hablar siempre con el corazón en la mano.

Y así vivo, chico; Milagros es la misma dulzura, la

Luis Urdiales á Juan Contreras.

—Querido amigo: Dispénsame que al saber tu boda no te haya escrito inmediatamente dándote la enhorabuena. Mis muchas ocupaciones me lo han impedido. Creo que esto no enfriará nuestra buena amistad y puedes estar seguro de que deseo vivamente seas tan feliz en tu matrimonio como lo has sido siempre y como tienes derecho á serlo. Adjunta te envío una nota para que te informes de un expediente que tengo incoado en la Dirección general de Entorpecimientos y Largas del Estado. Escuso decirte que es de urgencia.

Los sellos de franqueo que me envías para mi colección de timbres no me sirven, porque los tengo todos repetidos; no obstante, te doy las gracias por tus buenos deseos.

Siempre á tus órdenes

LUIS."

(Se continuará).

MARRUECOS.

ARTICULO VII.

(Conclusion.)

En nuestro primer capítulo sobre costumbres de Marruecos, hemos hecho una breve descripción de la capital de este nombre. Hoy la ampliaremos en cumplimiento de lo prometido.

Marruecos
hay que
Ninguno
que per
mático
recinto
Cerrado
resguarda

profana
vive m
las ver
todo el
En M
corte,
soberan
En ella
hay fie
Busca
res que
da, por
cos des
guerre
En l
gunos
Ramac
triste y
La p
manec
dos jar
to orig
En l
dando
moras
ques,
casa d
pasand
Inít
llicio d
Algu

Marruecos es una ciudad casi desconocida, y muchos hay que ignoran su existencia.

Ningun europeo, ningun cristiano, exceptuando los que penetraron en ella escudados con un carácter diplomático, puede jactarse de haber pisado su impenetrable recinto.

Cerrada completamente al comercio y á la industria; resguardada por el fanatismo mahometano, que la cree

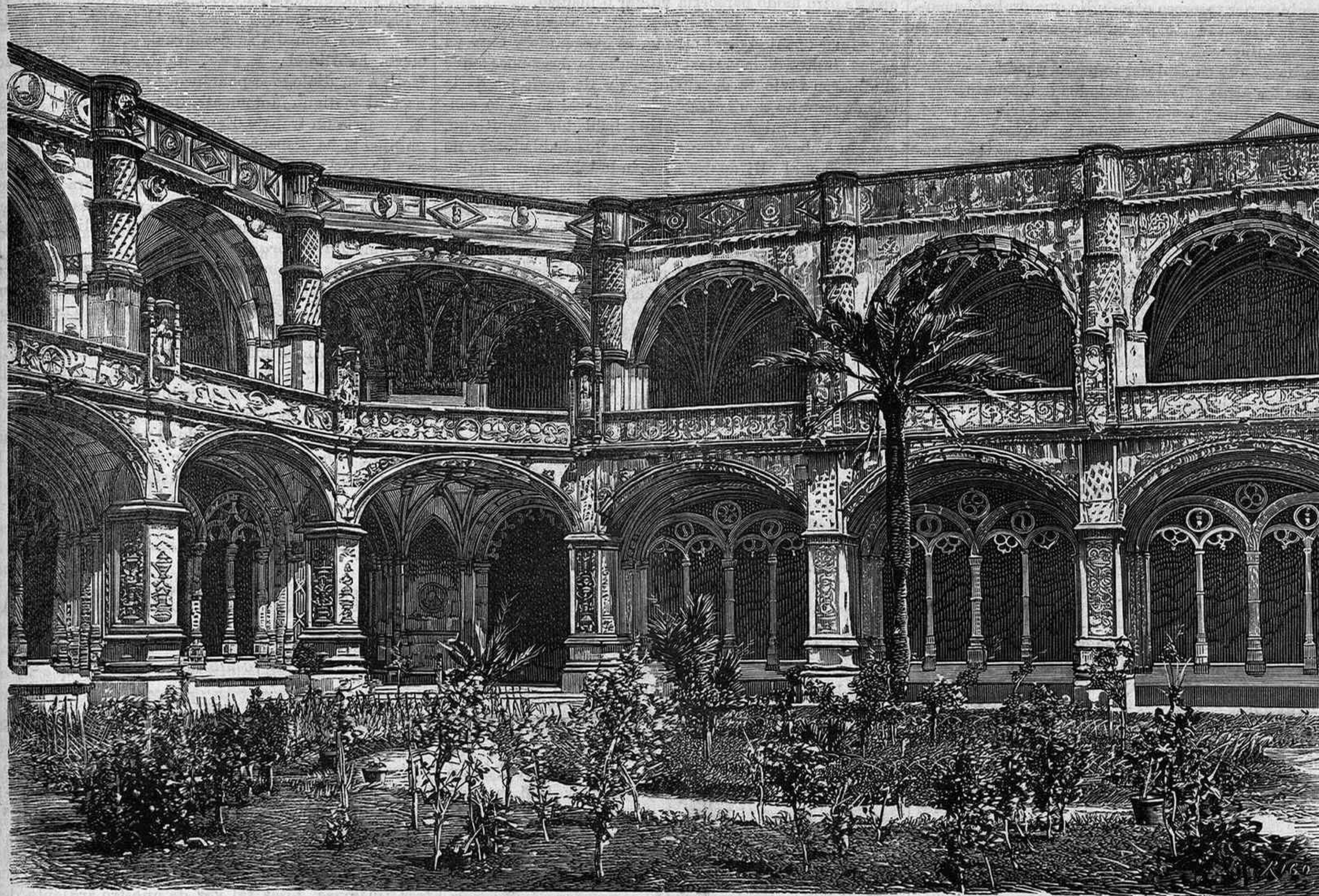
momentáneos rumores, y luego todo cae de nuevo en su habitual soñolencia.

Estos rumores son producidos generalmente por la turba feroz que acompaña al lugar de su suplicio á un mísero delincuente, ó por la comitiva de una boda con los imprescindibles añafles y roncas gaitas moras, y los acostumbrados disparos de espingardas.

También en ciertos dias, especialmente los viénes, se

prorumpian con grandes gritos en alabanzas del emperador, que rodeado de sus principales dignatarios caminaba montado en un brioso caballo negro como la noche.

Al llegar los soldados de la guardia negra cerca de los extranjeros, un pobre judío, sordo por más señas, no se apresuró, como hacia todo el mundo, á arrimarse á la pared, y entonces un bárbaro soldado, enarbolando su cor-



LISBOA EN 1870.—PATIO DEL PALACIO DE BELEM.

profanada cada vez que ojos cristianos la contemplan, vive muriendo, digámoslo así, sin disfrutar ninguna de las ventajas que la civilización ha extendido por casi todo el mundo.

En Marruecos tiene su residencia el emperador. Su corte, compuesta de magnates sumisos á la voluntad del soberano, parece generalmente una corte de fantasmas. En ella, así como en toda la ciudad, que es inmensa, no hay fiestas; no hay animación alguna.

Buscaríanse en vano las zambras y los poéticos amores que animaban la corte de los reyes moros de Granada, por más que los actuales moradores de Marruecos descendían de aquellos caballerescos y turbulentos guerreros...

En la misteriosa y lúgubre ciudad, si se exceptúan algunos dias en el año como son las fiestas del *Moitud*, el *Ramadán* y algunos otros, todo permanece silencioso, triste y casi desierto.

La pereza habitual de sus habitantes les obliga á permanecer encerrados en sus casas, las cuales tienen lindos jardines y todas las comodidades que apetece el gusto oriental.

En las súcias y tortuosas calles de Marruecos, y andando pausada y silenciosamente, sólo se ven algunas moras cubiertas de piés á cabeza con sus blancos jaiques, judíos que se descalzan al pasar por frente á la casa de algun personaje moro, y graves musulmanes repasando tranquilamente las cuentas de su rosario.

Inútil es buscar en aquellas calles la animación y bullicio de las grandes poblaciones.

Algunas veces vienen á turbar su quietud y su silen-

turba el silencio de la ciudad: cuando el emperador va á hacer oración á la gran mezquita.

Entonces gran número de batidores despejan, sable en mano, las calles del tránsito, y la régia comitiva produce durante una ó dos horas un estruendo tal, que la ciudad parece víctima de algun motin.

¡Infeliz del que encuentre en su camino la escolta imperial, y no se apresure á apartarse con demostraciones del mayor respeto!

Hé aquí un suceso horrible y repugnante á la vez, que con este motivo presencié en una ocasion parte del personal de una embajada francesa.

Los diplomáticos, que ya habian sido presentados al emperador, paseaban una tarde por Marruecos, escitando la curiosidad y aun la indignación de sus habitantes, que maldecían en voz baja á aquellos extranjeros.

Estos, al revolver una esquina, oyen á lo léjos confuso rumor de gritos; tiros de espingarda y pisa las de caballos.

El intérprete que los acompañaba les dice que es el sultan que va á la mezquita.

Incrustáronse los franceses, por decirlo así, en el quicio de una ancha puerta por no ser atropellados, y momentos despues vieron asomar á la entrada de la calle treinta ó cuarenta ginetes de la guardia negra del sultan.

Tras ellos, y marchando á pié, iban algunos tiradores que sin órden ni concierto alguno hacían salvas en obsequio de su señor, disparando las espingardas de que estaban armados.

En pos de ellos, multitud de aduladores cortesanos

vo sable, descargó una tremenda cuchillada sobre la cabeza de aquel infeliz, que cayó en tierra sin vida.

La comitiva pasó como si tan lamentable suceso no hubiese acontecido, y el emperador ni aun se dignó honrar con una mirada el cadáver del desdichado judío.

Estos seres desgraciados son en toda Berbería objeto de los peores tratamientos, especialmente en las poblaciones en que el frecuente trato con los europeos no dulcifica algo la ferocidad de los naturales del país.

En la ciudad de Marruecos, especialmente, un judío es inferior á un asno ó á un perro.

Viven estos infelices en un barrio amurallado que se extiende á un extremo de la población, y tan luego como se pone el sol, un alcaide moro cierra sus puertas, las cuales no vuelve á abrir hasta el dia siguiente.

Ademas de esta triste esclavitud, están sujetos á infinitas humillaciones, entre las cuales figura la de tener que descalzarse cuando pasan por delante de una mezquita ó de la casa de algun personaje moro.

No se les permite usar en su calzado más color que el negro, el cual es mirado por los moros con repugnancia. Tampoco pueden llevar gorros colorados.

Apesar de tantas vejaciones, como el carácter servil de los hebreos les hace prodigar constantemente las más bajas adulaciones á todos los que ocupan una elevada posición, suele acontecer que algunos individuos de aquella raza mísera y abyecta, llegan á ocupar cargos de la mayor importancia en la corte del sultan.

El padre del actual emperador, tenia un favorito que era su tesorero, y á la vez la única persona en quien depositaba toda su confianza.

El tesorero estaba riquísimo y era odiado no sólo por los magnates moros, sino también por el pueblo.

Cuando murió el sultan, su amigo, su consejero íntimo, el judío Benzuzá, que así se llamaba el tesorero, fué arrastrado sin compasión alguna por las calles de la ciudad.

Todas las injusticias, todas las crueldades y rapiñas que había cometido el difunto rey, se le achacaban á su infeliz servidor.

Fin tan desastroso no sirvió de saludable ejemplo; así es que el sultan que hoy ocupa el trono de Berbería, tiene también por tesorero otro judío que probablemente sufrirá la misma suerte que su antecesor, si llega á sobrevivir á su dueño.

Las judías, en la capital del imperio, pueden considerarse como los seres más desgraciados del mundo.

Bellas, humildes y resignándose con su triste suerte, se ven despreciadas, no sólo por los hombres de su raza, sino también por los moros que algunas veces las honran con sus caricias.

Estas pobres mujeres, aun cuando lleguen por efecto de su notable hermosura á fijar la atención de algún moro ó judío, pueden estar seguras de que jamás saldrán de la mísera condición de esclavas.

Ni sus gracias, ni la dulzura de su carácter, conseguirán que moros y judíos las miren más que como objetos de placer, muy inferiores á un caballo ó á un fardo de mercancías.

Es de advertir que los hebreos, en el interior de sus casas, son tanto ó más despóticos que los moros.

El motivo más insignificante basta para que repudien á sus mujeres, lo cual ejecutan devolviendo parte del dote que de ellas han recibido.

Por lo que toca á las moras, aun cuando su condición no es muy halagüeña que digamos, son, sin embargo, mucho más consideradas que las hebreas, y en el seno de sus familias tienen cierta autoridad de que aquellas carecen.

Marruecos, esa triste é inhospitalaria ciudad de Berbería; esa población enteramente cerrada al comercio y á toda idea civilizadora, yace soñolienta, aletargada y triste, entre las palmeras de sus jardines y á la sombra de las montañas del Atlas, cuyas cumbres parecen velar por su inalterable sueño.

Lejano aún el día en que las puertas de esta misteriosa ciudad se abran al extranjero curioso ó industrial, sólo los esfuerzos de los representantes europeos residentes en Marruecos, pueden conseguir poco á poco que el nombre cristiano no sea allí objeto de un odio incalificable.

ANTONIO DE SAN MARTIN.

TEATROS.

REMINISCENCIAS: *El músico de la murga*, *El robo de Proserpina*, *El procurador de todos*, *Luna llena*, *Guerra á la guerra*, etc., etc.—Teatro Español: *El centro de gravedad*, comedia en tres actos y en verso, por D. Francisco Pérez de Echevarría.—Jovellanos: *La Pastora del Roncal*, zarzuela en tres actos.

Vagos recuerdos, casi completamente desvanecidos, conservarán, puesto que algunos conserven, de *El músico de la murga*, de *El robo de Proserpina*, los que tuvieron la buena ó mala suerte de asistir hace ya muchos días á las representaciones de estas dos obras, que con dos ó tres comedias en un acto de Pelayo del Castillo, y con una *dolora* de Campoamor, fueron los únicos acontecimientos teatrales de la primera mitad del mes de noviembre, mes poco afortunado en verdad en lo que á teatros y á públicas diversiones se refiere.

No confundiremos en comun anatema todas las comedias á que aludimos: notables diferencias existen entre unas y otras, y mucho camino habría de recorrer *El robo de Proserpina* para lograr el valor literario de *Guerra á la guerra*; pero, sin que sea nuestro ánimo establecer comparaciones absurdas á todas luces, debemos confesar que una y otra han pasado por la escena con una rapidez, que dice poco en favor suyo.

Un hombre que aprende cuatro vulgaridades de la mitología griega para aplicarlas, con escaso acierto, á todos los sucesos de la vida ordinaria, ni puede tolerarse en el teatro, ni consigue producir algo que no sean situaciones inverosímiles y grotescas escenas. La comedia, no es, no debe ser la caricatura; pero, aun admitiendo que lo fuese, en el fondo de la caricatura misma ha de haber, es necesario que lo haya, mucho de verdad; han

de observarse, es indispensable que puedan observarse, rasgos característicos del objeto ó del tipo que el artista quiere ridiculizar.

Cuando esto sucede, cuando el poeta logra que la presentación de un tipo grotesco haga surgir en la mente del espectador el original de aquel retrato, perdónanse de buen grado al ingenio travieso, y á la maliciosa agudeza, que incurran en algunas exageraciones, sobre todo cuando estas exageraciones no pasan de ciertos límites que el buen gusto señala siempre, y cuando se consigue con ellas prestar alguna novedad y alguna gracia á lo que de otro modo parecería vulgar ó insulso.

Que D. Agapito de *Marcela*, el afeminado adorador en primer término de sí mismo, es exagerado y toca ya en los límites de la caricatura, nadie lo desconoce: que el almacén viviente de sinónimos y de profecías de la misma obra no es un carácter verdadero, todos lo confiesan: que el mismo D. Martín, hablador sempiterno, que sin embargo maldice de todos los habladores, no existe tal cual allí aparece, es indudable; pero ¿quién puede negar que á través de esos tipos ideales están viéndose los rasgos de muchos hombres que conocemos todos? El mismo Moratin, tan severo y tan metódico en asuntos de verosimilitud, nos ha dejado un D. Herógenes que ni tiene igual ni es posible que tenga semejante: hay, á pesar de todo, en él mucho de exacto y de positivo.

Pero crear un hombre que se aficiona á Júpiter y á Juno, á Leda y á Morfeo, no ya por su amor al estudio de las teogonías antiguas, ó para conocer con exactitud pasadas edades, si solamente para mezclarse en asuntos que nada le importan, para embrollar con poca suerte y menos gracia á varios bañistas estólidos, y para decir un chiste—poco menos que nuevo, mucho menos que culto—y que se repite indefectiblemente en dos ó tres escenas de cada acto, eso ni es arte, ni exige ingenio, ni significa otra cosa que mucho desenfado. Véase ahora si anduvo justo el público rechazando *El robo de Proserpina*, comedia que sólo dos veces se representó, bien que nada hubiese perdido la empresa, antes habría ganado bastante y más el público, y todavía más el autor, si no se hubiera representado ninguna.

El músico de la murga es una novela llevada al teatro: incorrecta y vulgar en la forma como todas las obras de su autor, inverosímil é inmoral en el fondo más que cualquiera otra.

Mucho hay allí de virtud premiada, mucho de abnegación heroica y de sacrificios sublimes, mucho de recompensar al virtuoso, mucho de victorias del bien sobre el mal; pero todo eso, poco ó nada vale si se tiene en cuenta que, ni el teatro es el templo, ni es la escena la cátedra del Espíritu-Santo. El teatro es el mundo; el mundo que á nuestros ojos se presenta: allí el hombre con sus grandes pasiones, allí la mujer con sus grandes debilidades y allí el mal y el bien como ordinariamente se desenvuelven en derredor nuestro: más sombrío aquel si es necesario, más poético éste si es preciso; pero sin pretender que el público acepte lo que no va dispuesto á sufrir. El espectador que al dirigirse al teatro no se dirigió á las Cuarenta Horas, no se resigna á escuchar pláticas, y cuando el poeta le asegura, por boca de un personaje sermoneador, que *Dios premia al bueno*, replica interior y simultáneamente con la sonrisa de la incredulidad en los labios:

«Pero viene el malo;
Le quita el premio y le administra un palo.»

No, no es esa la moralidad del teatro.

En todo caso, lo que á simple vista puede deducirse de la comedia *El músico de la murga*, es la conveniencia de introducirse con siniestros y pecaminosos propósitos en el seno de una familia digna y honrada; las ventajas de que un joven descreído y disoluto se proponga seducir á una muchacha virtuosa, y se valga para conseguirlo de tórceras repugnantes y de infames supercherías: de aquí puede resultar y resulta de hecho, que el joven es el verdadero seducido, el conquistador se convierte en conquistado, y cuando sonreía Satanás con la perspectiva de alcanzar una nueva alma para su oscuro reino, es Dios el que sobre quedarse con su protegida, arranca al demonio el libertino que ya le pertenecía. Esto asegura el autor de la obra que sucede cuando hay virtud, cosa que no deja de ser un consuelo para la que menos feliz ó menos fuerte, haya sucumbido á la seducción, al amor ó á la miseria. Si por desgracia *El músico de la murga* hubiese alcanzado gran popularidad, sería de ver ahora el anhelo de nuestros jóvenes de la buena sociedad para introducirse disfrazados entre las más pobres familias en busca de una virtud inquebrantable. ¡Excelente método de moralizar!

Decir que la *dolora Guerra á la guerra* está bien es-

crita y añadir que es original de Campoamor, parecemos una redundancia. Campoamor es poeta, y como poeta siente y como poeta escribe: el público tiene derecho á esperar, y en efecto esperaba, algo más de él; sin embargo, aceptó la *dolora* con merecida estimación y justo aplauso.

No muy original en su conjunto, ni muy verosímil en sus pormenores, *El centro de gravedad* es una comedia escrita con discreción y acabada con esmero. El marido calavera, el seductor de oficio amigo del esposo, el asistente andaluz, el hermano consejero, la criada encubridora y aficionada á enredos, tipos son que hemos visto reproducidos muchas veces en el teatro. La fábula de esta nueva comedia se desenvuelve, sin embargo, con cierta habilidad, y esto, unido á una versificación fácil, á un diálogo espontáneo y propio, á un lenguaje natural y digno juntamente, hacen de la obra del señor Echevarría un trabajo digno de la buena acogida que el público le ha dispensado. No es *El centro de gravedad* una de esas creaciones que forman ó consolidan una reputación; pero es cuando menos merecedora de mención honorífica hoy, cuando *Pepe-Hillo* se representa muchos días seguidos, y cuando se ofrecen al público espectáculos como *La pastora del Roncal*.

Porque *La pastora del Roncal* es una zarzuela acerca de cuyo mérito sólo puede afirmarse que, en el género insulso y cándidamente insustancial, es de lo más acabado que se ha visto.

Los aplaudidos autores del viaje de *Madrid á Biarritz*, han dado una prueba más de sus disposiciones felices para la carrera dramática escribiendo un drama en tres actos que lleva por título *El último cuadro*. Lo que acerca de esta obra ha pensado el público y lo que acerca de su valor literario juzgamos nosotros, objeto han de ser de otra más detenida revista.

A. SANCHEZ PEREZ.

CAMPAÑA FRANCO-PRUSIANA.

(Continuación.)

XI.

CAPITULACION DE METZ. Al escribir nuestro último artículo creíamos firmemente en la proximidad de un armisticio que en pocos días diese por resultado una paz durable y segura que cerrara la sangrienta historia de la campaña franco-prusiana escrita con la sangre de dos pueblos que creemos civilizados al calor del incendio que ha destruido una gran parte de Francia. Hoy, nuestras ilusiones, hijas tal vez de nuestro ardiente deseo por ver á Europa en paz, dando vida á las ciencias y á las artes, han desaparecido, y ante la fría realidad de los hechos, vemos, á pesar nuestro, necesario el inminente sacrificio de nuevas víctimas francesas y alemanas que aneguen en llanto y desconsuelo á algunos millares de familias, antes que el iris de paz anuncie al mundo la terminación de una lucha que el mundo entero con sus ejércitos de diplomáticos y soldados no ha sabido evitar, ni aun siquiera cortar á tiempo.

Y cayó Metz, y con ella 170.000 soldados, tres mariscales y más de 6.000 oficiales franceses prisioneros; 54 banderas, 541 piezas de campaña, material para más de 85 baterías, 800 piezas de posición, 66 ametralladoras, 300.000 fusiles, sables, corazas, equipajes militares, grandes provisiones de plomo, madera y bronce; y una fábrica completa de pólvora, han aumentado considerablemente el cuantioso botín que está recogiendo Alemania desde que tomó la ofensiva en esta guerra. Los prisioneros, en trenes de á 2.000 hombres, han sido internados distribuyéndolos en varias ciudades de la Confederación; el rey Guillermo ha aprovechado esta gran victoria para ascender á mariscales á los príncipes real y Federico Carlos: el sétimo cuerpo ha ocupado la plaza penetrando en ella [coincidencia singular] por la puerta llamada de los Alemanes, cuya vista damos en este número, y el resto del ejército se dirige sobre París, Amiens y Rouen. Casi todas las municipalidades del reino de Wurtemberg se han adherido á las resoluciones de Stuttgart que piden la anexión de Alsacia y de la parte alemana de Lorena; el puente entre Strasburgo y Kiel ha sido reparado, y la antigua frontera ha desaparecido del mapa tal vez para no restablecerse en mucho tiempo, dueña Alemania del punto más fuerte de la línea del Mosela.

Al grito de entusiasmo que arrancó de Alemania la noticia de victoria tan importante, respondió Francia con otro, acusando de traición al general Bazaine por

no haber tentado un esfuerzo supremo para romper las líneas enemigas ántes de firmar una capitulación que hace al enemigo dueño tal vez para siempre de la plaza más importante de Francia. Esta acusación nos parece demasiado grave para acogerla sin reserva. El general Bazaine, constantemente incomunicado con el gobierno republicano, dependía únicamente de sí propio despues de la capitulación de Sedan, y es prudente suspender el juicio sobre este acontecimiento hasta conocer su parte oficial y las explicaciones del general en jefe, al cual atribuye un periódico las siguientes palabras:

«Sólo me he defendido con el silencio dejando mi justificación al curso del tiempo. Que el Sr. Gambetta me llame traidor á la patria; no responderé á ese hablador que jamás ha oído la pólvora. No; no haré nada. Responderle sería reconocerle capaz de juzgarme. Dejo al tiempo que ponga en claro este negocio. Nuestras pérdidas, sin contar los enfermos y los ausentes, se elevaban á 24 generales, 2.140 oficiales y 42.339 soldados, quedándome, por consecuencia, sólo 60.000 hombres, sin artillería y sin caballería, que nada podían hacer contra 200.000 adversarios establecidos en excelentes posiciones: yo mismo he recibido una contusión en Berny. ¡Ah! ¿Por qué aquel imbecil casco de granada no me ha matado? No hubiera sobrevivido á mi reputación como soldado, y como francés no hubiera conocido ese día de eterna ignominia que se llama el 4 de setiembre.»

De todos modos los prusianos han conseguido una serie no interrumpida de triunfos sin igual en la historia; rendido Metz y prisionero en Alemania casi todo el antiguo ejército imperial, sólo les falta para terminar su gloriosa campaña la toma de París, desde donde se proponen dictar la paz á Francia bajo las condiciones que mejor les parezcan. Europa contempla casi indiferente estos acontecimientos, cuyo resultado no es fácil prever por más que creamos que ha de costarle mucha sangre y mucho dinero el no haber sabido impedir la completa ruina de Francia que ya consideramos inminente.

París parece que se prepara á resistir; sin embargo, ni las numerosas salidas de su guarnición son eficaces, ni puede fiarse mucho en sus habitantes el día ya próximo en que los alemanes empiecen el sitio en regla. Sólo las noticias de las negociaciones de armisticio y de la capitulación de Metz han dado ocasión para que los rojos, por medio de un golpe atrevido, se apoderaran del poder el 31 de octubre invadiendo la casa de Ayuntamiento y aprisionando á los miembros del gobierno de la defensa. La guardia nacional consiguió, sin embargo, libertarlos, disolviendo los grupos y posesionándose del Ayuntamiento. Flourens, Milliere y otros confiantes de los batallones pronunciados han sido destituidos, y 560.000 electores parisienses, contra 64.000, han declarado que el gobierno de la defensa merecía aún su confianza, y hoy parece que el orden se ha restablecido en la capital de Francia. La actividad y la energía desplegadas con este motivo por el gobierno y en particular por el general Trochu, han aumentado la popularidad y la confianza que en ellos tiene con justicia el pueblo de París.

Mientras estas cosas suceden en el interior de la capital de Francia, el ejército alemán, acampado delante de sus fuertes, continúa inactivo, no sabemos si de grado ó fuerza, y esta inacción, que no puede ya prolongarse muchos días, no tiene para nosotros explicación satisfactoria. Más de un mes hace que las cabezas de sus columnas se presentaron delante de las fortificaciones de París, y sin embargo, el sitio aún no ha empezado. Más ó menos riguroso, el bloqueo ha sido hasta ahora lo único que los alemanes han establecido, y sus cañones no les han servido más que para rechazar las salidas de los franceses ó defender sus posiciones. No vacilamos en asegurar que desde hace muchos días tienen los alemanes escogido su frente de ataque y calculadas las dificultades que pueden presentarseles; pero este pensamiento no se ha traslucido aún por alguno de esos hechos que indican claramente al sitiado las intenciones del enemigo. Baterías y obras de campaña construidas aquí y allí más con un objeto defensivo que contra la plaza, y pequeñas trincheras empezadas en casi todo el recinto de París y abandonadas mucho ántes de su terminación, son las únicas operaciones de sitio llevadas á cabo por los zapadores alemanes delante de la populosa ciudad cuyos parapetos están aún intactos en todos sus frentes. Esta actitud tan extraña del ejército alemán, la explican algunos suponiendo que no han conseguido aún completar su material de sitio, hipótesis inadmisibles, pues dueños de los ferro-carriles como lo son desde la victoria de Sedan, han tenido tiempo de sobra para recibir desde los arsenales más lejanos de Prusia todas las existencias que en ellos hubie-

ra y empezar el ataque en regla, que, seguimos creyendo será de corta duración, á pesar de las buenas intenciones del pueblo y guarnición de París. Opinan otros que los alemanes, queriendo economizar sangre, no situarán en regla á París esperando que el hambre obligue á sus moradores á abrirles las puertas, suposición que también nos parece aventurada, y sobre todo poco humanitaria, pues que en el campo alemán las enfermedades han de causar más bajas en dos meses de bloqueo, que los proyectiles enemigos en quince días de trinchera abierta. Sea la razón cual fuere, el hecho es que los alemanes, que deben desear con ansia la toma de París y el fin de la guerra, no se han apresurado hasta ahora á emprender el sitio contra aquella ciudad, y que por más que sobre este asunto meditamos, ménos se nos alcanza las razones que para ello habrán podido tener. De todos modos, creemos que no han de pasar muchos días sin que algun nuevo suceso venga á darnos la explicación de este enigma.

Las fortificaciones empezadas y no acabadas por los franceses ántes de la investidura de París, son: un reducto en el observatorio de Bellevue sobre la colina escarpada que hay cerca de la fábrica de porcelana de Sèvres; al Sudoeste de esta obra, hácia el saliente N. E. del bosque de Meudon, cerca de la fonda de *Belle-Etoile*, hay otro reducto capaz de contener unos 1.500 hombres, con traveses, almacenes, palizadas y otras defensas accesorias; al castillo de Meudon se le han adosado tres frentes de un reducto capaz de 800 á 1.000 hombres; excusado creemos recordar que estas obras están en poder de los alemanes que no se han descuidado en transformar sus trazados adoptándolos á sus necesidades, estableciendo además fuertes baterías hácia Bezon, delante de Courbevoie, en el bajo Meudon y en Choisi-le-Roi.

También se nos asegura que la comisión francesa de ingenieros civiles ha encontrado un excelente medio de inutilizar los cañones propios que se abandonan, ó los del enemigo que no se pueden recoger. Consiste en un pequeño torpedo que, introducido en el cañon por la boca, produce al inflamarse una hendidura longitudinal en toda la pieza que la pone fuera de servicio inmediatamente. La *Correspondencia Havas*, da también la noticia de la existencia de un cañon monstruo de los más ingeniosos, que una vez disparado descendiéndolo sólo hasta tocar la tierra, ocultándose mientras la carga á los disparos del enemigo.

Si separándonos de París en busca de nuevos acontecimientos de que dar cuenta á nuestros lectores nos dirigimos á las orillas del Loire, veremos un nuevo ejército que con extraordinaria rapidez ha logrado formar el general Aurelles de Paladine, sujetándolo á una severísima disciplina. Apesar de las exageraciones francesas, no creemos que la fuerza de este ejército exceda de unos 100.000 hombres con la correspondiente artillería regular y bien servida. Esto es cuanto al presente queda de los antiguos batallones imperiales, compuestos, al decir de sus panegiristas, de los primeros soldados del mundo.

De varios puntos de Francia se han enviado refuerzos á este ejército; la mayor parte de las fuerzas que estaban en Chagny y sus inmediaciones para hacer frente á los alemanes de Dijon y el alto Saona, se han incorporado ya al ejército del Loire, y de Lion parte diariamente gran número de soldados que se consideran allí innecesarios porque, al parecer, los alemanes han desistido ya de atacar dicha plaza. El ejército del Loire está ya en disposición de probar fortuna, y aunque mal abastecido de víveres, si logra alguna ventaja importante sobre los alemanes, puede cambiar notablemente el curso de la campaña.

Garibaldi sigue en Autun y á estas horas debe haber emprendido su movimiento ofensivo, pues su vanguardia, formada por las brigadas Bosak y Menotti tiene orden de seguir avanzando. Con esta fuerza van los legionarios españoles, de los cuales vale más no hablar, pues no les son muy favorables las noticias que han llegado hasta nosotros.

En el resto de Francia los combates se suceden casi sin interrupción, y en la mayor parte de los casos sin consecuencias. Hoy entre Montereau y Nangis, dispersan las tropas wurtemburguesas á los franco-tiradores y á la guardia móvil, apoderándose de una ametralladora, un cañon y causándoles unas cien bajas. Al otro día dos batallones alemanes, mil quinientos caballos y diez piezas, atacan los puestos franceses en Poisly y Vallieres, siendo rechazados con bastantes pérdidas. El ejército del Loire, despues de dos días de lucha, recobra á Orleans el día 11 haciendo al enemigo dos mil prisioneros y cogiéndole además dos cañones, varias cajas de municiones y gran número de carros con víveres, y obligándole á replegarse á Toury. La población ha sufrido mu-

cho mientras ha estado en poder de los alemanes, que además de imponerle una contribución de 1.000.000 de francos en metálico y medio millon en efectos de todo género, han obligado al municipio á contribuir con noventa mil francos diarios, pagando los oficiales sus gastos en la fonda con bonos contra la municipalidad. El gobierno francés crea en Tolon un campo de instrucción para los franco-tiradores y guardias móviles que han de servir de núcleo al ejército del Sudoeste á las órdenes del general Demay, y delante de Belfort se apoderan los alemanes de la isla Sur, Doulz y Guival despues de cortos combates, al mismo tiempo que son rechazados de Landelis evacuando á San Juan de Losnes para ocupar las alturas de Chevisi cerca de Dreux, donde el 18 rechazaron al enemigo apoderándose del pueblo y persiguiendo á aquel en la dirección del Mans. El cañon suena al mismo tiempo contra Verdun, Montmedy, Thionville, Belfort; y Neuf-Brisac con sus defensas intactas y abundante provision de municiones y vituallas abre sus puertas á los alemanes, á los dos días de estar herido su gobernador.

Pero todos estos repetidos combates, de los cuales apenas tenemos más noticias que las que nos comunica el telégrafo, no logran fijar la atención del público que instintivamente conoce que sea cualquiera el resultado de ellos, sólo en París es donde se ha de resolver el feroz problema planteado en Saarbruck en el mes de agosto. No es esto decir que creamos inútiles estas acciones para la causa francesa, todo al contrario: París sólo, caerá pronto en poder de los alemanes; pero si Francia logra formar uno ó dos ejércitos que molesten continuamente á los sitiadores con escaramuzas y pequeños ataques, mientras no puedan presentarle campal batalla, las cosas pueden variar de aspecto retardando, ya que no cambiando el resultado de la guerra. Los alemanes, que al empezar ésta tenían las simpatías de Europa, van ya exigiendo demasiado, y es peligroso en el siglo XIX pretender aniquilar al enemigo vencido, tanto más, cuanto que conocida ésta intención puede despertar en otras potencias deseos de aumentar su importancia á costa de la de sus débiles vecinos, lo cual, unido á complicaciones políticas en otras, puede en un momento poner al lado de Francia más de una nación que ya no ve con ánimo tranquilo las exigencias siempre crecientes de Prusia.

El gobierno ruso exige la anulacion de los artículos 11 y 13 del tratado de París, por los cuales se declaraba el mar Negro neutral y abierto al comercio de todas las naciones; pero cerrado para siempre á la marina de guerra de todas las potencias, obligándose Rusia y Turquía á no establecer ni sostener en dicho mar ningún arsenal militar marítimo. Ante tales exigencias del gabinete de San Petersburgo, Inglaterra vé levantarse de nuevo la cuestión de Oriente, aplazada, que no resuelta por la célebre campaña de Crimea; los periódicos ingleses aconsejan á su gobierno que emprendan inmediatamente la guerra, y en un país en que la opinión pública ejerce tan ampliamente su legítima influencia, es muy de temer que este acontecimiento venga á complicar más aún la situación ya poco halagüeña de Europa.

Rusia ha reforzado su ejército con más de 400.000 soldados; Turquía ofrece á Inglaterra todo su ejército, y esta última nación se prepara á la guerra temerosa de que Rusia pueda en un momento arrebatárle en Asia, y en Europa la influencia que viene ejerciendo hace años, lo cual sería un golpe terrible para el comercio y para la industria de la Gran Bretaña. Por eso creemos que la guerra franco-alemana debe despertar á todas las naciones y hacerlas comprender que es preciso tomar la iniciativa para darla pronto término, dificultando para el porvenir acontecimientos análogos.

EDUARDO DE MARIÁTEGUI.

D. MANUEL RUIZ ZORRILLA,

PRESIDENTE DE LAS CORTES CONSTITUYENTES ESPAÑOLAS.

Aunque su consecuencia y su fé en las ideas del progreso habían valido al Sr. Ruiz Zorrilla un aventajado lugar en las filas del antiguo partido á que pertenece desde mucho ántes de la revolución de Setiembre, el choque de los importantes acontecimientos, consecuencia de esta revolución, que tantas otras figuras ha empujado, poniendo en relieve las especiales condiciones que le adornan, contribuyó á colocarle á la altura en que se encuentra entre los hombres políticos de nuestro país.

Primero en el ministerio de Fomento, donde dió muestras de infatigable actividad; despues en el depar-

tamento de Gracia y Justicia, adonde llevó también el enérgico impulso del espíritu innovador que le animaba, y por último en la presidencia de las Cortes, levantándose de día en día á mayor altura y ganando en autoridad y prestigio, ha contribuido eficazmente al desenlace de la difícil situación porque atravesábamos, coronando el edificio de la revolución de Setiembre.

Encargado de presentar al duque de Aosta en nombre de las Cortes Constituyentes el acta de su elección para rey de España, tanto por la circunstancia de ser uno de los primeros hombres políticos importantes con quienes se ha de encontrar en contacto el futuro monarca, como por la gran consideración que goza entre los hombres de su partido, el Sr. Ruiz Zorrilla parece llamado á figurar muy en primera línea en el estado de cosas que ha de crear el advenimiento del nuevo reinado.

LA CALLE DE LA MONTERA.

La calle de la Montera de nuestros días, esa calle engalanada, coqueta y bulliciosa, centro, podemos decirlo así, del comercio de Madrid, era hace tres siglos más bien que calle, un lodazal en tiempo de invierno, y un depósito de polvo y de inmundicias en verano.

La policía urbana era desconocida entonces, y porque un honrado vecino arrojase á la vía pública los desperdicios de su casa, no se le inquietaba con papel de multas ni cosa por el estilo.

¡Oh, hermosa calle de la Montera! Tres siglos hace que ni aun nombre tenias, y para dar de ello una ligera prueba diremos que procede el que llevas actualmente, de cierta hermosa dama, tan hermosa como... coqueta, mujer del Montero mayor del rey.

Esta buena señora, cuyas aventuras galantes dieron asunto bastante para que el inspirado Serra escribiese una lindísima comedia, tenía escandalizado al buen pueblo de Madrid, extendiéndose su fama hasta muchas leguas en contorno de la coronada villa.

Y no se crea que estos escándalos deshonrasen al señor Montero mayor; todo menos eso.

La dama era, según opinión pública, honestísima, y ningún galán de los infinitos que la solicitaban podía vanagloriarse de haber obtenido de ella el favor más insignificante.

Todo lo más que sucedía era que la señora Montera se asomaba á sus balcones tan luego como Dios ordenaba al sol que alumbrase á la tierra, y entonces, á pretexto de cuidar de las flores de sus búcaros, arrojaba á la calle, así como al descuido, dos ó tres de las marchitas.

Cuenta la crónica de donde tomamos estos apuntes, que por un clavel rojo y una maravilla jaspeada de blanco, se dieron de estocadas un marqués (la crónica calla el nombre) y un alférez de guardias amarillas, quedando este último bastante mal herido, pues en aquel tiempo no eran sólo los militares los únicos diestros en el manejo de la espada.

Otras veces la celebrada dama, cuando iba ó volvía de la iglesia, bajaba un tantico el rebocillo de su manto de seda negra, y tenía para cada uno de sus adoradores miradas rápidas, pero de fuego. ¡La niña no sabía mirar de otra manera!

Por las noches, si alumbraba la luna, pues entonces no había más faroles que los de las santas imágenes que la piedad de los vecinos alimentaba en algunas calles, y es fama que en la de la Montera no existía ninguna, por las noches, repetimos, y bañados por los rayos de nuestro satélite, rondaban la puerta de la bella dama *cien galanes sin ventura*.

Mirábanse los unos á los otros; retorcian el mostacho á la Borgoñona que todo el que tenía pelos en la cara usaba entonces, y tropezándose al pasar, buscaban de esta ó de otra manera un motivo para hacerse una sangría de más ó menos consideración.

Los poetas ó los que presumían de tales, puestos los ojos en blanco, la capa echada á la espalda y arañando en una vihuela, laúd, tiorba ó bandurria, desahogaban su amoroso afán en canciones capaces de ablandar (no digo á una Montera), pero sí á cierta estatua con formas de mujer que se alzaba entonces en el centro de la mal llamada puerta del Sol, y que se conocía con el nombre de Mari-Blanca.

La dama se hacía sorda á estas demostraciones, y sus celosías permanecían cruelmente cerradas; cantaban los trovadores; los gatos que se disputaban aquella gata (perdónesenos la comparación) sacaban las uñas, ó llámense espadas si gustais, y zis, zas, estocada tras estocada, no tardaba en oírse un: "¡Dios me socorra!" y captalum: ¡hombre á tierra!

Sobrevenía entonces la ronda de un señor alcalde de casa y corte con sus alguaciles y arqueros de la villa, y tropezaba con un muerto, no dándose nunca el caso de que el vivo, ó sea el matador, fuese capturado.

En algunas noches oscuras sucedía que al acudir la ronda al rumor de una pendencia, hacían causa común los galanes y arremetían con sin igual furor á los pobres golillas, administrándoles tales palizas que no tardaban en huir como cuervos á la desvandada, pidiendo favor y ayuda.

Y entretanto la señora Montera, Dios sabe si en dulces y suaves coloquios, estaría burlándose de sus amadores en compañía de su muy amado marido, ó si para cada uno de sus suspiros tendría un ronquido más ó menos armonioso.

Cuando después de una noche de serenatas y estocadas, la justicia recogía al amanecer un cadáver en aquella calle de trágicas aventuras, nuestra buena Montera, tan fresca y tan bella siempre como una flor de primavera, entraba á oír misa en San Luis, sin dar la más pequeña muestra de arrepentimiento por sus culpables coqueterías.

Hé aquí, lectores amables, por qué la linda calle que da nombre á este artículo se llama la calle de la Montera.

Respecto al comercio que entonces existía en ella, estaba reducido á unos miserables tenduchos en los cuales se vendía pan. Tales establecimientos llegaban desde un extremo de la calle hasta la iglesia de San Luis, y á fin de que no hurtasen el pan tenían á la entrada unas fuer-

tes mallas de cuerda sujetas á un marco. Por eso aún en el día es conocido aquel sitio con el nombre de *Red de San Luis*.

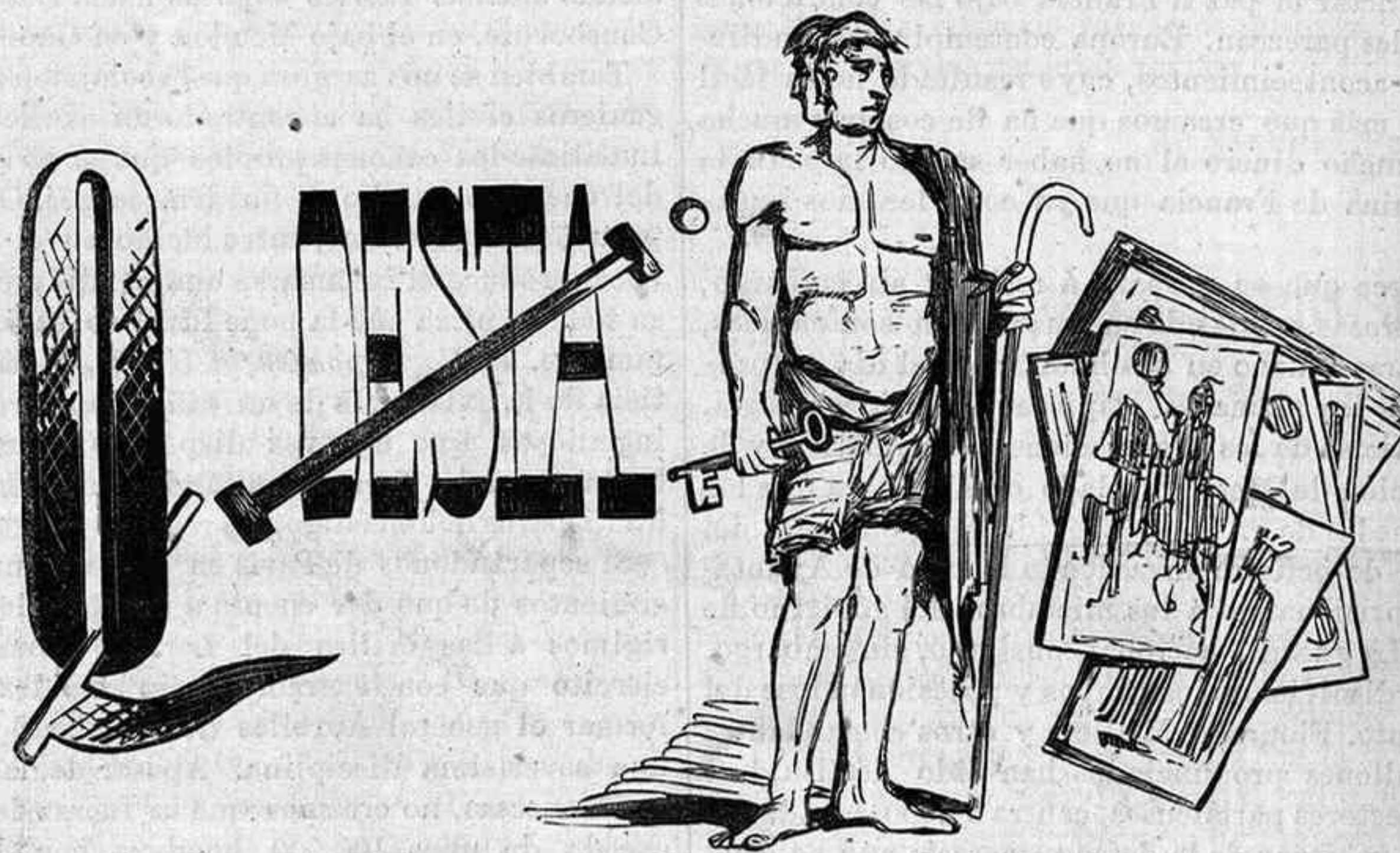
D. FRANCISCO DE PAULA MONTEMAR,
MINISTRO DE ESPAÑA EN FLORENCIA.

El distinguido hombre político cuyo retrato ofrecemos hoy en las columnas de LA ILUSTRACION DE MADRID, alcanzó tan grande y popular reputación como periodista en la larga campaña sostenida por los partidarios del progreso en la tribuna y en la prensa, que sería inútil detenernos á recordar épocas y sucesos que están en la memoria de todo el mundo.

Enviado á Florencia con el carácter de ministro de España para tratar de uno de los asuntos más delicados y graves, sus esfuerzos se han visto coronados por el éxito, y este triunfo diplomático añade un nuevo timbre á su reputación de hombre político, de actividad é inteligencia nada comunes.

Considerada la plenipotencia de Italia como una de las más importantes de Europa para nuestro país, desde el momento en que ocupe el trono español un príncipe de la casa de Saboya, todas las miradas del mundo político se fijan en el Sr. Montemar, encargado de regular y dirigir la relaciones delicadas, aunque amistosas, entre ambas potencias.

JEROGLÍFICO.



(La solución en el número próximo.)

LA ILUSTRACION DE MADRID.

BASES DE LA PUBLICACION.

LA ILUSTRACION DE MADRID se publica los días 12 y 27 de cada mes.

Cada número consta de 16 páginas, con grabados *exclusivamente españoles*, intercalados en el texto.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.	
Tres meses.	22 reales.
Medio año.	42 »
Un año.	80 »

EN PROVINCIAS.	
Tres meses.	30 »
Seis meses.	56 »
Un año.	100 »

CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Medio año.	85 »
Un año.	160 »

AMÉRICA Y ASIA.	
Un año.	240 »
Cada número suelto en Madrid.	4 »

PUNTOS DE SUSCRICION.

MADRID.—Oficinas, Plaza de Matute, núm. 5; Tabacquería de las Cuatro Calles, librerías de Escribano, Sanchez Rubio, Durán, San Martín, Gaspar y Roig y almacén de papel de Barrio, Corredera Baja, núm. 39.

PROVINCIAS.—En las principales librerías.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

A los que se suscriban á LA ILUSTRACION y á EL IMPARCIAL, se les hará una rebaja importante con arreglo á la tarifa siguiente

EN MADRID.	
Tres meses las dos publicaciones.	28 reales.
Medio año.	52 »
Un año.	100 »

EN PROVINCIAS.	
Tres meses.	50 »
Medio año.	90 »
Un año.	170 »

CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Medio año.	200 »
Un año.	360 »

NOTA. No se servirá suscripción alguna cuyo pago no se haya anticipado en metálico ó sellos de correos. Agente exclusivo en las islas de Cuba y Puerto-Rico, la empresa de *La Propaganda Literaria*.

IMPRESA DE EL IMPARCIAL, PLAZA DE MATUTE, 5.

TEXTO.—
tes y
de Tan
sion),
glo x
el bos
inedit
—La q
to Rob
celona
daule.
por D
ría Pa
Juan
sejo d
mision
Juan I
GRABAD
tograf
mision
mino
D. A.
las C
de D.
en Ba
de D.
presid
Juan I
—Exp
Fran
dibuj

Uste
vivo, n
en qué
que se
de mi
disting
esos q
sombra
calles
Hace
cuándo
poco d
bienve
cuotid
tinto s
tal del
de esta
genero
Los
cian es
riase q